

# Revista de **FOLKLORE**

Nº 112



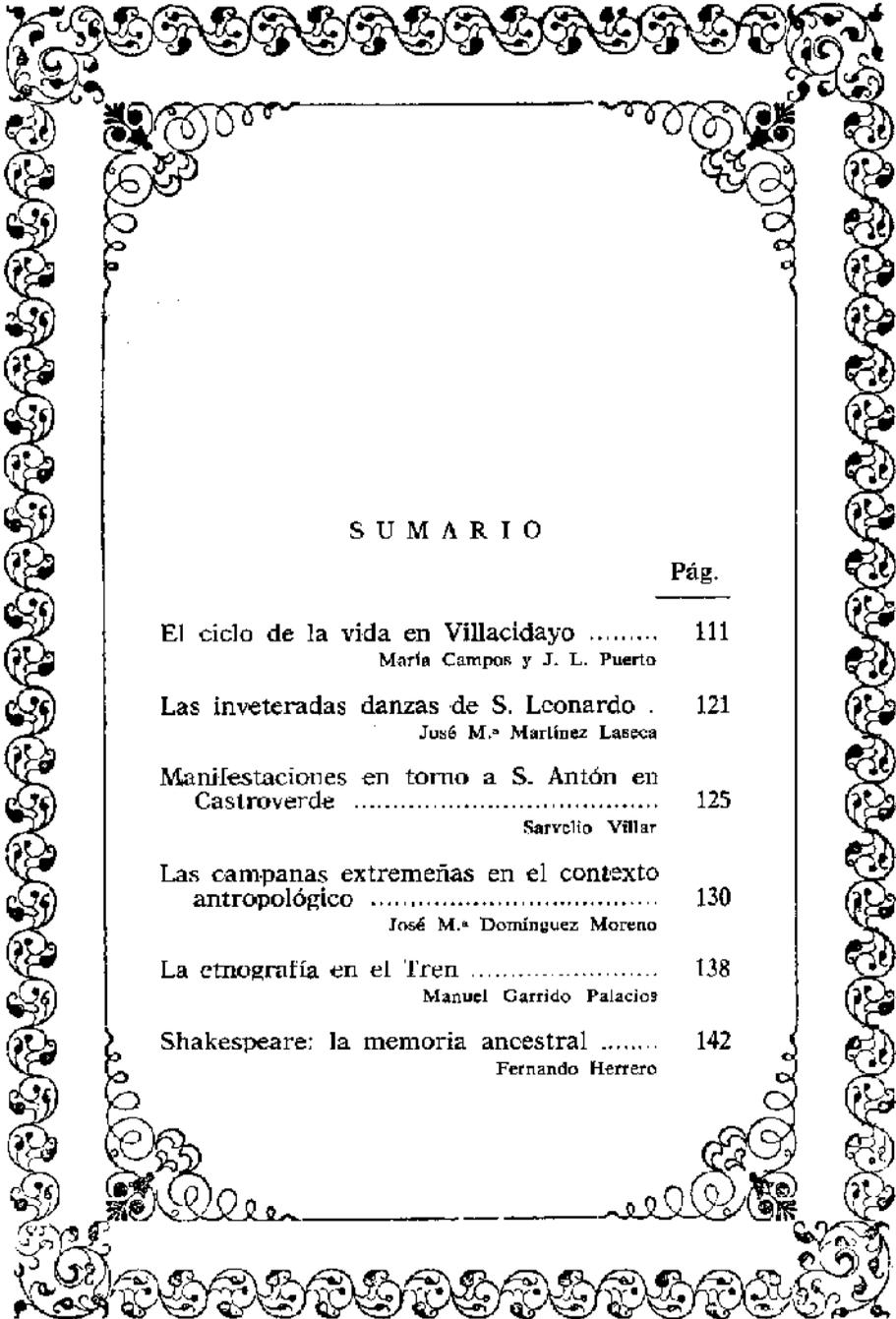
*Vendedora de sebo*

María Campos ■ José M.<sup>a</sup> Domínguez Moreno ■ Manuel  
Garrido Palacios ■ Fernando Herrero ■ José María  
Martínez Laseca ■ José L. Puerto ■ Sarvelio Villar H.

## Editorial

*Dentro de la cultura que se transmite por tradición en una comunidad, aparece una serie de gestos, muecas, o incluso expresiones ejecutadas con las manos, acerca de los cuales hay poca literatura, pero cuya importancia y antigüedad es innegable. Ese lenguaje gestual, tan efectivo como el hablado, lejos de haberse perdido o debilitado, se refuerza en nuestros días con nuevas aportaciones que engrosan el vetusto repertorio. De hecho, para cualquier conductor de automóvil actual, encerrado tanto tiempo tras los cristales de sus ventanillas, es un alivio disponer de una colección surtida de gestos cuyo uso contribuye a descargar tensiones; cierto que alguno de esos gestos han sido trasladados de allende nuestras fronteras, pero su significado es tan universal que la implantación ha sido relativamente fácil y rápida. Junto a estas aportaciones —de la que sólo es novedosa su aplicación, naturalmente—, otras expresiones más antiguas (el dedo índice sobre los labios para solicitar silencio; el mismo dedo perpendicular a la sien mientras la muñeca gira ciento ochenta grados para indicar locura; la mano abierta con el dedo pulgar junto a la punta de la nariz y todos los demás en movimiento para hacer burla, etc., etc.), reflejan la abundancia de recursos y la frecuencia en la utilización de los mismos en la vida normal. ¿Para cuándo, pues, un estudio en profundidad sobre el origen y evolución de estas muestras cuyo arraigo social es tan profundo?*





SUMARIO

	Pág.
El ciclo de la vida en Villacidayo .....	111
María Campos y J. L. Puerto	
Las inveteradas danzas de S. Leonardo .	121
José M.ª Martínez Laseca	
Manifestaciones en torno a S. Antón en Castroverde .....	125
Sarvelio Villar	
Las campanas extremeñas en el contexto antropológico .....	130
José M.ª Domínguez Moreno	
La etnografía en el Tren .....	138
Manuel Garrido Palacios	
Shakespeare: la memoria ancestral .....	142
Fernando Herrero	

EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR.  
Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1990.

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Gráf. Turquesa.—C/ Turquesa, Parc. 254-B, Pol. I. S. Cristóbal - VA-1990.

# EL CICLO DE LA VIDA EN VILLACIDAYO

María Campos y José Luis Puerto

Damos cuenta en el presente trabajo de las prácticas, ceremonias y ritos que marcan el paso del individuo de unas fases de su vida a otras en el seno de la sociedad a la que pertenece; en este caso, la comunidad rural del pueblo de Villacidayo (1), que forma parte de la comarca leonesa de las Tierras de Rueda. Arnold van Gennep dice que «la vida individual consiste en una sucesión de etapas cuyos finales y comienzos forman conjuntos del mismo orden: nacimiento, pubertad social, matrimonio, paternidad, progresión de clase, especialización ocupacional, muerte. Y a cada uno de estos conjuntos se vinculan ceremonias cuya finalidad es idéntica: hacer que el individuo pase de una situación determinada a otra situación igualmente determinada» (2). Estos pasos sucesivos están reglamentados por la comunidad con el fin de no experimentar molestias ni perjuicios.

Van Gennep distingue tres tipos de ritos de paso o de pasaje:

- *Ritos de separación (preliminares)*, que se desarrollan, sobre todo, en las ceremonias de los funerales o despedida de los difuntos.
- *Ritos de margen (liminares)*, que se dan, por ejemplo, en etapas como el embarazo, el noviazgo, la iniciación y, en menor grado, en la adopción, el segundo parto, el nuevo casamiento o en el paso de la segunda a la tercera edad.
- *Ritos de agregación (postliminares)*, que se producen, por ejemplo, en el matrimonio (3).

Estos tres tipos de ritos de paso aparecen en los distintos momentos del ciclo de la vida de cualquier individuo en Villacidayo; aunque en la actualidad muchos de ellos han desaparecido y han sido sustituidos por otros.

## LA FAMILIA

Nace y sirve el individuo en el seno de una familia rural, de la que él mismo forma parte de una manera activa, trabajando, como todos los demás miembros de la misma, para crear y procurar los bienes que permiten su supervivencia y subsistencia. El trabajo agrícola (la siembra y el cuidado de los sembrados, el riego, la siega y la recolección de los frutos) y el ganadero (el cuidado, alimentación y ordeño del ganado vacuno y de las ovejas) son las dos ocupaciones principales del individuo de Villacidayo y de la comarca —las Tierras de Rueda— a la que pertenece el pueblo. La familia rural es, a la vez, una institución que

transmite entre sus miembros unas creencias religiosas y unas costumbres sociales que han ido evolucionando con extremada lentitud a lo largo del tiempo, pero que, desde hace ya años, se desmoronan con cierta rapidez, debido a distintas causas de sobra conocidas.

¿Por qué la familia rural ha tenido tradicionalmente un número elevado de hijos? Hay varias motivaciones que lo pueden explicar: una de ellas de carácter religioso, ya que el campesino siempre ha creído que los hijos los manda Dios y está dispuesto a tener «los que Dios nos mande». Pero también existe otra explicación, ésta de carácter económico: «En el sistema económico del mundo rural leonés, cada hijo que venía a la familia suponía un aumento de la mano de obra casi gratuito. Los hijos que llegaban al mundo venían a aumentar las posibilidades económicas de la pequeña empresa y a reforzar la reserva humana para poder hacer frente a las epidemias, a las pestes y, en general, al alto índice de mortalidad que venía a diezmar el número de hijos en las familias» (4).

Otro dato que hay que tener en cuenta es que en muchas ocasiones los hijos casados, si no tenían casa en el momento de contraer matrimonio ni hacienda propia, se quedaban a vivir en casa de sus respectivos padres, ella con los suyos y él lo mismo, trabajando en las correspondientes haciendas paternas. En Villacidayo, este caso era bastante frecuente y, por ejemplo, a la hora de dormir iba el marido a hacerlo a casa de los padres de su mujer, con los que ella vivía; si el marido era forastero, de un pueblo cercano, venía a dormir todas las noches con ella, y la gente, al verlo venir, decía: «Fulano no abandona la majada.»

Y no hay que olvidar tampoco el papel, tan duro, de la mujer. El marido se dedica al ganado y a la labranza, dedicación que comparte también la mujer, pues en Villacidayo, como en otros muchos pueblos, sale al campo a trabajar, atiende el ganado y, a la vez, tiene que realizar todas las tareas de la casa. Y, en contrapartida, en la sociedad rural, tiene encima un papel social más secundario que los maridos; es decir, que los hombres.

Conviene no perder de vista tampoco el modelo de familia del mundo rural leonés, igual al de otras provincias de la región: una familia en la que el individuo no desarrolla relaciones únicamente con sus padres y hermanos, sino que forma parte de un clan familiar más amplio y protector, con abuelos patriarcales, tíos, primos, padres y hermanos, formando par-

te de un todo, que se integra en la comunidad del pueblo. Un modelo de familia que también se está desmoronando y desapareciendo.

## EL NACIMIENTO Y LA NIÑEZ

El embarazo es un período de margen para la mujer, margen entre el grupo de las mozas, al que pertenecía, y el de las madres, al que va a pertenecer con la llegada del futuro hijo. Cuando la mujer está embarazada, si le sale *pañón* (unas manchas negras «moyfeas») en la cara, entonces se dice que lo que tenga va a ser niña. Si en la gestación tiene ardores, se cree que los produce el vello del niño; es decir, se piensa que el niño nacerá con pelo en la cabeza.

En el momento del parto, la mujer está asistida por la partera o comadrona que hay en el pueblo (había dos en Villacidayo, las señoras Cristina y Adonina), que le ayuda con sus quehaceres en el trance difícil y doloroso. A la comadrona, como compensación por su trabajo, se le invita el día del bautizo a la comida. Una vez que el niño ha nacido, se le corta el cordón umbilical y se le ata; si una vez atado no cura bien, se le pone un poco de cera. Se lava al niño, se le empañía y se le da agua de tila para que limpie; y si es época de fríos, se le suele colocar encima de la trébede de la cocina, echado, para que esté al calor. Si tiene la cabeza un poco picuda, se le venda, para que vaya quedando redonda.

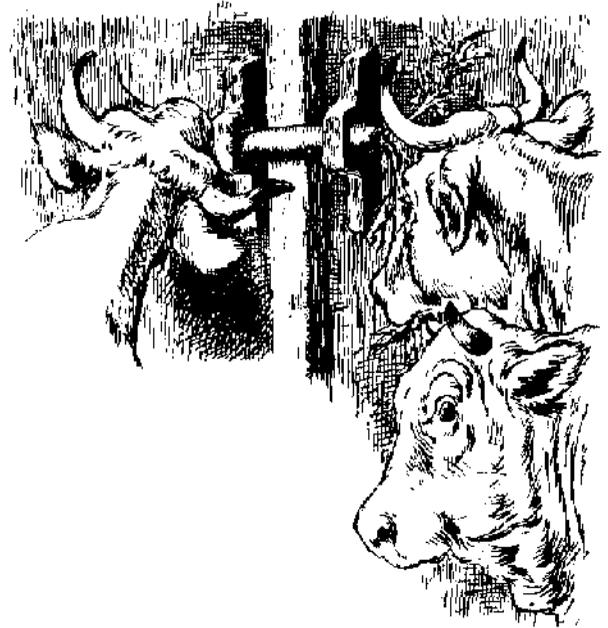
A la madre, cuando el niño ha salido de su vientre, se le atan *hierros en las limpias* (la placenta), para que, con el peso, le salgan del todo. «A mí misma —nos dice una informante— me ataron la llave de un postigo.» A veces no sale del todo la placenta, y entonces se dice que la mujer «no se ha librado» (expresión utilizada para diferenciarla de las vacas, de las que, en análogo trance, se dice que «no se ha limpiado»). Y no se le da a la madre agua para beber, ya que se cree que es malo y que le pueden entrar fiebres; se trata de una práctica de protección o de preservación. Y desde el parto hasta la purificación no puede salir de casa (rito de separación de la comunidad), así es que se lo tienen que llevar todo a su vivienda.

El bautizo del niño recién nacido (rito de separación respecto al mundo anterior, que también tiene un sentido de agregación a una nueva comunidad) se celebra a los pocos días de nacer. Si nace, por ejemplo, un día entre semana, puede celebrarse el bautizo el domingo siguiente. La madre, al no poder salir de casa, pues tiene que guardar en ella la cuarentena (que en Villacidayo dura, por costumbre, unas tres semanas), no asiste al bautizo. Van con el niño padrinos y familiares hasta la iglesia; en la pila bautismal el padrino sostiene al niño y él es el que dice el nombre de pila que se le va a poner, nombre que ha sido elegido por los propios padres y los padrinos, tomándolo

generalmente del nombre de alguno de los familiares, sobre todo de los abuelos, o del santo del día, si es significativo o del agrado de la familia; la recepción del nombre es un rito de agregación, ya que con él el niño es individualizado y agregado a la sociedad. Y mientras el padrino sostiene a la criatura, el sacerdote le echa el agua bendita en la cabeza y desarrolla todo el rito bautismal, en presencia de los familiares. Uno de los abuelos del recién nacido lleva a la iglesia una jarra de vino, que bendice el sacerdote y que se beberá luego en la comida de celebración del bautizo (el sentido de agregación de los familiares que lo beben con la comunidad religiosa, de la que entra a formar parte el niño mediante el bautismo, es evidente). La madrina lleva una toalla para secar la cabeza del niño tras recibir el agua bautismal, y lleva también la bolsa con los confites para echar a los niños después de la ceremonia, a la salida de la iglesia; el puñado mayor de confites se lo dan previamente al cura, que mete la mano en la bolsa para cogerlos. Los confites, tirados a los niños, se convierten en otro elemento de agregación del bautizado con los que los recogen, grupo del que formará parte cuando crezca un poco.

Los padrinos del primer hijo son los de la boda. Para los de los hijos posteriores ya no se sigue norma alguna; por lo regular, suelen ser los hermanos del padre o de la madre. El traje del niño para el bautizo consiste en una mantilla debajo, en un faldón encima y un gorro en la cabeza; la mantilla y el pañal van sujetos con el fajero. Los asistentes al bautizo se visten ese día con la mejor ropa que tienen.

Tras el bautizo, se da una comida de celebración, al mediodía, en casa del matrimonio. Asisten a ella los propios padres, padrinos, abuelos, hermanos, tíos y primos; además de la comadrona. El menú consiste



en un cocido (garbanzos, relleno, chorizo y tocino); en una época posterior, este menú varía, y se sirve paella y carne de la que hay en ese momento en el corral de la casa (gallo, conejo, cordero...). De postre, arroz con leche. También puede consistir en patata cocida y desstripada, que se envuelve con leche y huevo y se fríe, tomando la forma de bolas hechas con una cuchara. O también *fisuetos* (en forma de rellenos, hechos de harina mezclada con agua, que se fríen en la sartén con aceite). Esta comida es un rito de agregación de la madre (que sigue separada del pueblo, al no poder salir de casa) y del niño con la familia.

El niño suele recibir el día del bautizo regalos de los asistentes, tales como unos patuquines, una mudina o algunas ropitas. Y la madre, tras dar a luz, recibe una visita de las vecinas, familiares y amistades, para interesarse por su estado; visita que constituye un rito de agregación, así como los regalos al niño. Estas personas le llevan la *visita*; es decir, un pequeño regalo que puede consistir en unos huevos o unos dulces o una libra de chocolate; regalos que, a veces, debido a la necesidad, tiene que terminar vendiendo.

Cuando pasan las tres semanas que dura en el pueblo la cuarentena, la madre sale de casa por primera vez, y esta primera salida es a la iglesia, a la purificación; *sale a misa*, se dice en Villacidayo. Al pisar el umbral de la puerta de su casa se santigua y sale a la calle con el niño, ya bautizado, y lleva también una vela y una *oblada* de pan; va hasta la puerta de la iglesia, y en ella hay otra mujer que la acompaña, que le da agua bendita; después sale el cura a bendecirla, y ya entonces entra dentro del recinto sagrado. Desde la puerta del templo hasta el altar, el sacerdote le coloca al niño la estola en la frente y se la quita al llegar a él. Oyen misa madre e hijo, y el sacerdote se queda con la *oblada* y con la vela. Tras esta primera salida a misa después de la cuarentena, la mujer ya puede salir de casa. Es, por tanto, éste de la purificación un rito de agregación de la madre a la comunidad del pueblo; el período de margen de la cuarentena ha terminado con esta salida a misa.

La crianza del niño depende, sobre todo, de la madre, que es quien lo amamanta. La lactancia dura un tiempo bastante prolongado: entre año y medio y dos años. Hay ocasiones en que a la madre no le llega la leche para amamantar al niño; entonces, o bien el niño *se cría al cazo*; es decir, se alimenta con papillas de harina de trigo tostada y envuelta con agua o leche (si la hay) y azúcar, o con una papilla de pan con aceite y ajo; o bien es amamantado por otra mujer, a la que le sobra leche una vez amamantada su propia criatura.

La cuna en la que se echa al niño puede ser de madera o de bilortas de mimbre trenzadas; esta última es alargada y tiene una capota encima, que cubre la cabeza del niño. Tiene también a los lados, como

las cestas, dos asas, con el fin de cogerla con las manos. Es acubanada; es decir, más levantada del medio que de los lados en su parte inferior, para que así pueda bambolearse al mecer al niño. Para el tiempo en que el niño llega a tenerse en pie y a andar, hay otro instrumento llamado *carreto*, fabricado de madera de chopo, de forma cúbica (parecido al púlpito de los curas, según nos dice una informante), con barrotes entre las tablas redondas superior e inferior, que las unen; la de arriba tiene a su vez un agujero redondo para meter al niño hasta la altura del pecho, con los brazos libres. Lleva el *carreto*, en la tabla superior, un «cajonín» en el que se le echan cositas para que se entretenga el niño; se mueve mediante unas ruedas que lleva debajo.

Durante los primeros meses de vida se le da al niño azúcar para que no llore, se le pone en un *moñín* (un palo, alrededor de uno de cuyos extremos se coloca un trapito, como un moño, y se unta de azúcar), y así, chupando el *moñín*, se queda tranquilo. Cuando empiezan a dar guerra los dientes, que quieren salir, se le ata al niño, en el lugar de la *chupeta* (chupete), a la altura de uno de los hombros, una *goma* dura, en forma de rosquilla, con mango asimismo de goma, para que la muerda y se le alivie el dolor, al tiempo que le van rompiendo los dientes; o también, y esto se hace ya desde que es muy pequeño el niño, se le da una corteza de pan para que la chupe.

A veces al niño se le pone la boca mala con *bojinas* (pequeñas ampollas). Este mal recibe el nombre de la *livia*; para curarla se hace un *bisopo* (un palo *arrebucado* o envuelto en trapo, hecho un moño y atado con un hilo) y se lo untan de miel, que el niño chupa y con la que sana la *livia*. También cría el niño una costra en la cabeza, llamada *carapete*; no hay costumbre de lavarle la cabeza, porque se cree que es malo. Para quitárselo se le hurga con el peine, y así, poco a poco, se le va levantando. Si el niño tiene lombrices se le unta el «culín» con un ajo y se lo ponen a oler para que salgan, o se le pone una vela y salen a montones, según nuestras informantes.

La mortalidad era abundante. Si un niño moría sin estar bautizado, se le enterraba dentro del cementerio, pero en la parte trasera (rito de separación de los muertos bautizados y, por tanto, cristianos). Y había quien guardaba los dientes de leche cuando se le caían, y si moría después, se los echaban en la caja. Si quien moría era una niña, además de los dientes, se le echaban también sus propias trenzas, que se guardaban cuando se las cortaban.

Hay costumbre de celebrar el cumpleaños del niño. Para ello se le prepara una *cuelga* y se le pone, a modo de collar. La *cuelga* consiste en una cuerda a la que se le atan o se le cosen caramelos, *rosas* (rosquillas), galletas, cacahuets y hasta incluso alguna que otra estampa piadosa. Durante los primeros cumpleaños, los padres y familiares más allegados le sue-

len regalar algún pequeño detalle: una «chaquetina», un gorro, unos pendientes, un vestido...

Comienza el niño a acudir a la escuela a los seis años. Y toma la primera comunión a los siete. Lleva como vestimenta un «trajín» (trajecito) lo más curioso posible; la niña, una bata y unas zapatillas blancas, de esparto. La primera comunión se celebra el jueves de la Ascensión. Los familiares del niño que la toma (padres y abuelos) celebran el acontecimiento con una comida, un cocido casi siempre, distinta de las de los días de diario.

## LA ADOLESCENCIA

Y ya, en la adolescencia, comienza el muchacho una nueva edad, durante la cual pasa de un grupo, el de los niños, a otro, el de los mozos. Este rito de paso tiene una fase de separación: la salida de la escuela, acto por el que se desliga del mundo infantil. Y otra de agregación: la incorporación a las faenas campesinas, junto al resto de los miembros adultos de la familia, durante toda la jornada. En su etapa escolar también ayudaba en casa, en los momentos del día que pasaba fuera de la escuela, y en las vacaciones. Y comienza también la agregación al nuevo grupo de los mozos: empieza a bailar con las muchachas, a los catorce o los quince años, en los lugares del pueblo donde, en domingos y días festivos, se celebra el baile: en la plaza de la escuela o del caño (la fuente del pueblo), o en calles amplias, al son del tambor, de la pandereta y de la *zuzaina* (dulzaina) o la gaita. Los bailes más frecuentes son la jota y el «agarrco» (*habaneras*). La agregación al nuevo grupo es lenta y gradual. Los mozos, como colectivo muy definido del pueblo, eligen un presidente de todos los mozos entre ellos; la elección tiene lugar cada año. Algunos de los elegidos no duran ni el período completo. Para desempeñar esta función —nos dicen— hay que tener dotes y facultades.

## LA MOCEDAD, EL NOVIAZGO Y EL MATRIMONIO

Varias son las fiestas y celebraciones en las que, a lo largo del año, la mocedad toma parte activa. El día de los Reyes, los mozos van pidiendo los *torresnos* por todas las casas, y los vecinos les dan trozos de tocino y de chorizo, que ellos van pinchando en un asador de hierro o en un palo. Y con lo recogido, en un día que todos eligen, hacen una merienda. Cuando piden los *torresnos* (en realidad, un aguinaldo) van cantando esta canción:

*La señora de esta casa  
ya la veo yo venir  
con el cuchillo en la mano  
y el torresno en el mandil.*

Y como estribillo continúan:



*Buenos Reyes,  
buenos años,  
buenos Reyes,  
aguinaldos.*

Otro acontecimiento de la rueda del año es la entrada en quinta, que se produce a los veinte años, cuando el mozo los ha cumplido antes de año nuevo. Los quintos se tallan por febrero, en el Ayuntamiento, que está en el pueblo de Gradefes, centro actual de la comarca de las Tierras de Rueda. El día en que se tallan tiran cobetes, y los quintos amigos suelen festejarlo con una merienda en cualquier cantina del mismo Gradefes, regada con abundante bebida. Y llega el tiempo de cumplir el servicio militar, de ir a la mili; los mozos se van a despedir de sus familiares (rito de separación), que los convidan y les dan algo de dinero para los gastos del cuartel. En la despedida entonan por el pueblo canciones alusivas a la marcha, como esta:

*Los quintos marchan,  
las madres lloran;  
la mi morena  
se quedó sola.*

*La mi morena  
cuando va al baile,  
la mi morena  
todo lo barre.*

*Todo lo barre,  
todo lo pisa  
la mi morena  
cuando va a misa.*

O esta otra:

*Ya se van los quintos, madre,  
ya se va mi corazón,  
ya se va el que me ponía  
el ramito en el balcón.*

*Los quintos, los quintos,  
les van a llevar  
a pelar patatas  
a lo militar.*

Por Pascua, los mozos hacen la *güevada*. Cada uno aporta huevos de gallina, según lo convenido entre ellos: seis, ocho..., y con ellos hacen esa tarde una merienda en la cantina o en alguna casa a base de huevos fritos, cocidos y tortillas.

En la víspera de San Pedro, por la noche, una vez que los vecinos se han acostado, los mozos les ponen a las mozas ramos de *cerezal* (cerezo) en la vera del tejado de la casa de cada una de ellas, en los huequillos que tienen las tejas del extremo de los aleros, pinchados. Buscan los ramos que tengan más cerezas y que estén bien coloradas. Si uno tiene novia, es él el que se encarga de ponérselo, adornado a veces incluso con cintas. En ocasiones, en plan humorístico y de gastar bromas, a algunas mozas se los ponen de cardos. Y siempre colocan otro ramo, también de *cereza*, en la vera del tejado del atrio de la iglesia, según se entra en ella. Suele ser el ramo más grande y más vistoso. Y la mañana de San Pedro todo el mundo se da una vuelta por las calles a ver qué mozas tienen más bonito el ramo; entre ellas hay comentarios y pelusas: «Fíjate qué ramo le han puesto a esa.» Se dejan puestos hasta que se secan.

Las fiestas patronales del pueblo se celebran en la Asunción, el quince de agosto, como en tantos otros pueblos españoles. El segundo día de la fiesta, llamado de *Nuestra Señorina*, los mozos hacen carreras de burros; participan los que quieran, casados o solteros, con los jumentos engalanados. Se dan tres vueltas alrededor del pueblo, por el itinerario trazado, y se ponen obstáculos; por ejemplo, traviesas de madera, que algunos burros a duras penas pueden superar. Los premios consisten en un gallo, un mazapán, una cantidad de dinero... Esta carrera se celebra por la mañana, así como la carrera del gallo, que consiste en ver qué mozo le corta al animal la cabeza. Los mozos van montados en los burros, y el gallo está atado por las patas con una soga, de la que cuelga, sujeta de una casa a la de enfrente. El que logra arrancarle la cabeza recibe el gallo como premio.

Por la fiesta de los Santos y los Difuntos matan los mozos un carnero y con él celebran una cena, a las doce de la noche, en la cantina o en la casa de alguno de ellos. Durante la cena se tocan las campanas de la iglesia a muerto, y luego se pasan tocándolas durante toda la noche.

La mocedad organiza bailes en las casas; sobre todo, durante las tardes y noches de los domingos y días de fiesta del invierno, que es cuando más libres están de las faenas agrícolas. Bailan en las cocinas o en los pajares, con el acompañamiento musical que ya hemos indicado. En esos bailes suelen formarse muchas parejas de novios, bien entre mozas y mozos del mismo pueblo o de pueblos vecinos. Cuando a uno le gusta una moza, la sigue adonde quiera que vaya, y en la ocasión que tiene la saca a bailar. La pareja formada puede terminar en el matrimonio, una

vez que ha pasado un noviazgo de unos dos años de duración (pueden durar algunos hasta seis o siete años, y otros ser más breves), o puede terminar rompiéndose, ya sea por enfados o porque al novio le gusta más otra moza y deja a la anterior plantada. El mozo es siempre el que busca y toma la iniciativa en el inicio de las relaciones. Cuando un grupo de mozas se reúnen, por ejemplo, en una casa y se entran los mozos, éstos esperan fuera hasta que salgan, y al hacerlo cada uno se dirige a la que le gusta. También las suelen rondar, casi siempre los sábados por la noche; y en la ronda entonan canciones como esta:

*Ya está la novia compuesta,  
salga el novio a ver si es ésta.*

Es más frecuente que salgan novios para la entrada del invierno. Durante el verano no suelen salir, ya que la duración y la dureza de las faenas campesinas (siega y recogida de la hierba; siega, acarreo, trilla de la mies y metida del grano y de la paja; atención del ganado...) lo impide. Lo normal es que los novios sean del mismo pueblo, incluso de la misma familia a veces; pero también es frecuente el noviazgo entre mozas y mozos de pueblos cercanos. Muchas veces los propios padres arreglan el casamiento de los hijos, sin contar con su voluntad («Fulano te conviene, porque...»). Se busca a la moza o al mozo cuya familia tenga buena hacienda, o tierras colindantes con las propias, o algún poder en el pueblo... Cuando los hijos no siguen el criterio de los padres, éstos suelen poner obstáculos al desarrollo de un noviazgo no querido por ellos.

Las citas entre los novios suelen celebrarse a primeras horas de la noche, no muy lejos del oscurecer, nunca a deshoras, ya que los padres no lo permiten. «A las diez —nos dice Jesusa— ya estaba uno retirado.» Estos encuentros se producen en cualquier esquina o rincón del pueblo («Entonces no se podía andar escondiéndose, porque te perseguían y te vigilaban», nos dice), bajo la vigilancia de la comunidad. De ahí que las mozas, normalmente, lleguen vírgenes al matrimonio («No las tocaban hasta el día de la boda»). El novio, una vez que se le ha declarado y que ella ha dicho sí, le dice a la novia que le tiene que demostrar que lo quiere: «Me tienes que demostrar que me quieres.» «¿Y con qué se lo iba ella a demostrar?», no podía dejar de ser virgen, nos dicen.

El noviazgo se afianza con el paso del tiempo, y llega el momento de la pedida de mano, que en Villacidayo se indica con la expresión: *van a salir novios*. Este momento de *salir novios* consiste en que el mozo va a pedir la novia a casa de los padres de ella, en compañía de un amigo o un familiar suyo; este acompañante recibe el nombre del *acompañao*. Esta visita a casa de la novia, a pedirla, se suele realizar un sábado por la noche, reservadamente, para que nadie del pueblo los vea ni se entere. Pero siempre hay mozos que terminan sabiéndolo, y, entonces, esa misma no-

che les *echar el sendero*, que consiste en un camino de paja, de cierta anchura, que va de la casa del novio a la de la novia, y de allí, a la iglesia. Y por medio del *sendero*, a la mañana siguiente se entera todo el pueblo de la pedida. Pero a más de un sendero lo cubrió la nieve en una noche de invierno, impidiendo que nadie se enterara. Asimismo, al saberlo los mozos, mientras se está celebrando la pedida, varios de ellos suelen poner en el pasillo de la casa, sigilosamente, un *sumaque* (lata en la que se echan plumas, pelo de gato, pimentón, gallinazos o *cagarriatos* de gallina, etcétera), que, al prenderle fuego, despide muy mal olor. Se trata de una broma en la que se juegan el tipo los que la realizan, ya que tienen que entrar en la casa de la novia sin ser vistos, pues de lo contrario los persiguen hasta averiguar quiénes son.

¿En qué consiste este acto de *salir novios*, que da un paso decisivo en el afianzamiento del noviazgo y en la llegada al matrimonio? El novio y su *acompañao* llegan a casa de los padres de la novia, se saludan todos y hablan. La novia está asimismo con su *acompañada*, que suele ser una moza amiga. Cenan todos juntos: se suele poner un conejo y dulces de la casa, además de un garrafón de vino. Y mientras cenan, el novio pide la novia a los padres de ella. Y tratan ya



de la ropa de la boda: el novio compra el vestido de la novia, y ella tiene que comprarle a él la camisa y la corbata. Tanto la cena como el acuerdo sobre los ropajes de la boda son ritos de agregación; además, claro está, de la pedida, que preparan el terreno para la constitución de una nueva familia. Novia y novio, como hemos visto, tienen sus respectivos *acompañaos*; si el novio, por ejemplo, es forastero, cuando se cita con la novia, en cualquier momento del noviazgo, él viene con su *acompañao* a verla, y ella sale a recibirle a las afueras del pueblo con su *acompañada*.

Y el domingo, normalmente al día siguiente de *salir novios*, puesto que ya han hablado con el sacerdote, comienzan las *velaciones* (amonestaciones), que lee el párroco en la iglesia, durante tres domingos seguidos, al terminar la misa. El domingo de la *primera velación*, el novio y sus padres van a casa de la novia y comen juntos, ellos y los padres de ambos. El rito de agregación se extiende ya a los padres del novio que no habían participado en la pedida. La comida del domingo de la *segunda velación* se realiza en casa de los padres del novio. Este día, las mujeres que quieren (suelen hacerlo la mayor parte de ellas) llevan huevos a la novia que se va a casar; con ellos se harán los dulces y mazapanes para la boda. En compensación al regalo, tras la boda, se les llevará a las mujeres que dieron huevos, como convite, roscas y un trozo de mazapán. La comida del domingo de la *tercera velación* se celebra bien en casa de la novia o del novio, pues ya no existe una norma fija.

Si el novio no es del pueblo, sino que es forastero, los mozos le cobran *los pisos*, un dinero que tiene que abonarles (en cantidad fijada por la costumbre), que emplea la mocedad para beber y divertirse en cualquier domingo o fiesta, a costa del forastero. Es el precio de su agregación a la nueva colectividad, de la que va a formar parte.

Y llega el día fijado para la boda. Antes se ha celebrado la despedida de solteros con un convite. Ella, a las mozas, y él, a los mozos. El día de la *primera velación* ella había llamado a las mozas a su casa, al salir de misa, y las había convidado a dulces y a una bebida (mistela, casi siempre); y él, también tras la misa, les había dado un cigarro a cada uno de los mozos. Se trata de ritos de separación con los integrantes de la mocedad, grupo al que han pertenecido desde la salida de la escuela hasta la hora del matrimonio. La noche antes de la boda, los mozos cantan ante las casas de los novios. De nuevo, otro rito de separación que marca el paso al nuevo estado matrimonial de la pareja.

Están invitados a la boda los familiares más allegados: padres y hermanos, y tíos y primos carnales de ambos contrayentes, además de amistades de los novios o de la familia. Las invitaciones han sido realizadas por los propios novios, quienes, oralmente, han ido casa por casa invitando a familiares y amigos. Los

padrinos de la boda suelen ser familiares que se buscan o que se ofrecen; la costumbre es que la novia busca al padrino, que suele ser su propio padre o el padrino del bautizo; y el novio, a la madrina: su propia madre o la madrina del bautizo.

La boda se celebra por la mañana, sobre las nueve o las diez, como muy tarde. Se sale de casa del novio a buscar a la novia, el novio y sus familiares juntos. Y en la puerta de la novia se reúnen todos: novios, padrinos y familiares de ambos, y van ya todos juntos a la iglesia: delante, los novios y padrinos; detrás, los familiares, y más atrás, la gente del pueblo que va acompañando. La novia lleva un vestido oscuro, de color negro o azul marino casi siempre, y el novio, un traje, por lo general, azul marino. Y se celebra la ceremonia religiosa. Tras ella, a la salida de la iglesia, se les echan vivas a los recién casados, y la madrina y el padrino tiran a lo alto confites y caramelos, que recogen por el suelo niños y mayores.

Luego, hasta la comida, se bebe en la cantina. La comida del día de la boda se celebra en casa de los padres de la novia. Suele consistir en un buen cocido, aunque también están presentes las carnes, y para esta comida se matan gallos o algún carnero, o un ternero incluso, según las posibilidades. De postre, arroz con leche y roscas y mazapán. Por la tarde, al finalizar la comida, va a casa de la novia toda la mocedad; se les convida a algún manjar de la comida que ha sobrado, y también a roscas, mazapán y a vino u otros licores. Y mozas y mozos, todos juntos, cantan entonces los *pajarcitos*, que es una canción de «gala» de boda:

*Cantaban los pajarcitos  
a la sombra de una encina  
y en su cántico decían  
viva la señora madrina.*

*Este sí que se lleva la gala,  
éste sí, que los otros nada;  
éste sí que se lleva la flor  
preñidita de su amor.*

*Cantaban los pajarcitos  
a la sombra de un espino  
y en su cántico decían  
que viva el señor padrino.*

*Este sí que se lleva la gala ...*

*Cantaban los pajarcitos  
a la sombra de una rama  
y en su cántico decían  
que viva la acompañada.*

*Este sí que se lleva la gala ...*

*Cantaban los pajarcitos  
a la orilla de una noria  
y en su cántico decían:  
viva la señora novia.*

*Este sí que se lleva la gala ...*

Tras el cántico de los *pajarcitos* y otras canciones, el resto de la tarde se celebra un baile en la casa del banquete, ya sea en el corral o en el portal de puertas, al son del tambor, la pandereta y la *zuzaina* (dulzaina); baile en el que participan los recién casados, los invitados a la boda y toda la mocedad.

Cuando llega la hora de dormir, los mozos tratan de impedir que los recién casados lo hagan juntos, y los siguen para que no logren escapar, poniendo a una moza de continuo al lado de la novia y a un mozo al lado del novio. Si consiguen escapar y dormir juntos, si se enteran los mozos del lugar dónde lo hacen, los sacan desnudos de la cama y llevan a cada uno a un sitio distinto.

Existe un segundo día de celebración de los esponsales: la *tornaboda*. Es ya un festejo menor. Ese día se celebra la comida en casa de los padres del novio, pero con una invitación más restringida, ya que sólo participan en el banquete los abuelos, padres y hermanos, y los recién casados. Y terminan así las celebraciones de la boda. Tras ella, invitados, parientes y vecinos suelen regalar algo a los contrayentes; generalmente, alguna prenda u objeto del ajuar, cuyo valor depende siempre de la mayor o menor familiaridad, amistad o confianza que se tenga con ellos. Regalos frecuentes suelen ser: unas sábanas, una colcha, alguna ropa, cazuelas, potes, etc.

Como indica Arnold Van Gennep, «las etapas del matrimonio, y especialmente la principal, los esponsales, tienen una dimensión económica, entre otras. Además, todo matrimonio, precisamente porque no son sólo dos individuos los que están en juego, sino varios medios más o menos amplios, es una perturbación social. Un matrimonio conlleva el desplazamiento de cierto número de elementos, los unos en relación con los otros, y este desplazamiento, obrando gradualmente, determina una ruptura del equilibrio. Este fenómeno es poco perceptible en nuestras grandes ciudades, pero ya destaca más en algunos remotos rincones de nuestro campo. En ellos, con ocasión de las bodas, se paraliza la producción, se gastan los ahorros, se sobreexcita la sensibilidad, habitualmente apática, etc.» (5).

Suele haber mozas y mozos a los que se les va pasando la mocedad sin haberse casado; se trata de los *solterones*, quienes, a veces, suelen ser objeto de burla por parte de la colectividad. Si un día, por ejemplo, se discute con alguno de ellos, se les suele decir: «Anda, que no tienes quien te quiera.»

Algunas casadas o casados, debido a la muerte de su cónyuge, se quedan viudos. Si alguno de ellos contrae segundas nupcias, el día de la boda los vecinos, mozos y adultos gastan bromas a la nueva pareja, que llegan a veces a ser muy pesadas. La más común es la de la *cencerrada*: cuando van a la iglesia a la ceremonia, o al salir de ella ya casados, los cogen y, si

pueden, los suben a un carro, «a una tartana mal *aparatada*», nos dice Jesusa, «a la que le ponen *telarones*: un arco con *trapones* colgando, que se va *escuajaringando* todo». Este carronato es tirado por los hombres y por los mozos, y detrás van tocando los cencerros muchachos y mayores, todo el mundo que puede, y a la vez van dando voces, mientras recorren así todo el pueblo. Debido a estas bromas, muchas veces los que contraen segundas nupcias lo hacen en secreto, sin decirle al vecindario qué día va a celebrarse la boda.

## LA VEJEZ Y LA MUERTE

Y llega el ocaso de la vida, la vejez, que normalmente suele convivir con achaques y enfermedades, tras una vida dedicada a la labranza y al ganado y en contacto con la Naturaleza y con todo tipo de inclemencias atmosféricas. Muchos ancianos se mueren sin haber dejado de trabajar. Y ancianas, ya que en Villacidayo la mayor parte de las mujeres, como hemos dicho, realiza las mismas tareas agrícolas y ganaderas que los hombres, además de las tareas domésticas.

Existen algunos presagios de muerte; por ejemplo, cuando se oye el canto del mochuelo en el pueblo, porque está en algún tejado, y hay alguien enfermo, se dice que se va a morir («Fulana o Fulano se va a morir, porque cantaba la otra noche la *coruja*»). Y si no hay nadie enfermo, también se considera señal de que alguien está cercano a la muerte. Se considera otro presagio de muerte los aullidos tristes que, en ciertas noches, echan los perros.

Cuando un enfermo está muy mal, se llama al sacerdote para que le dé la extremaunción, y en la agonía se le lee un libro con oraciones. Una vez que ha muerto, se amortaja el cadáver, después de lavado, con la mejor ropa que tiene, acto que realiza alguna persona que tiene valor o los mismos de la casa. Se le pone un pañuelo atado de la barbilla a la cabeza, para que le quede la boca cerrada, y se le atan asimismo las piernas para que quede el cuerpo derecho, estirado. Y una vez realizadas estas operaciones, se le coloca en el suelo de una de las habitaciones de la casa, encima de una manta, una sábana y almohada, con las manos entrelazadas y un rosario en ella. Y al lado del cadáver, un vaso con aceite y una torcida, a modo de lamparilla, para alumbrarlo. En el vientre se le coloca un crucifijo.

El fallecimiento se anuncia, aparte de al sacerdote y al Juzgado, a los familiares más próximos. Y las campanas de la iglesia, para que se entere el vecindario, tocan *a muerto*: un toque especial cuyo significado en seguida descifra la gente. También tocan las campanas en los momentos de los funerales y del entierro.

Enterado el pueblo, los vecinos que lo desean, además de los familiares, velan al cadáver, desde que

muerde hasta que es enterrado. El velatorio se suele hacer en la cocina de la casa, aunque hay personas más íntimas que velan en la habitación en la que se halla expuesto el cadáver, o cualquiera, si lo desea. Velar consiste en rezar, de vez en cuando, el rosario u otras oraciones por la salvación del difunto; aunque en el velatorio también se habla y se comentan incidencias de la vida del pueblo y de los vecinos, y hasta hay momentos de risa, con anécdotas graciosas y chistes.

Cuando llega el momento de conducir el cadáver a la iglesia para celebrar los funerales, se coloca en un ataúd la *caja*, que suele ser más o menos lujosa según la situación económica de la familia; a veces consiste meramente en unas tablas ensambladas y pintadas de negro. Y se da el caso de familias que no pueden costear la *caja*, en cuyo caso llevan al difunto a la iglesia y de allí al cementerio en unas andas, envuelto en un *sábano* o en una manta, y así lo echan al *pozo* (la sepultura).

Llega el sacerdote a la puerta de la casa y sale la comitiva para la iglesia; llevan la *caja* los propios hijos, la llevan los familiares más allegados; la cabeza del féretro va para adelante siempre. A ambos lados de la *caja*, dos niños llevan un *hachón* (vela grande) cada uno, encendido, y detrás van dos personas con un cesto lleno de panes de *obladas* (tantas como miembros de la familia), que han echado en él los de la casa del duelo. Y detrás va el cortejo fúnebre: primero los familiares, de más allegados a menos allegados, vestidos de luto, y, tras ellos, el vecindario asistente.

Al llegar a la iglesia, se deposita la *caja* en el atrio, con los dos *hachones*, colocados uno a cada lado, y la gente entra en el interior del templo, donde se celebran los funerales. Funerales que suelen ser de dos clases: los que paga la gente pudiente, que reciben el nombre de *misa de asistencia*, que la concelebran tres sacerdotes y es cantada. Y los corrientes, que consisten en unos oficios de misa de ánimas, cantados por un solo sacerdote.

En el ofertorio de la misa, se ofrecen las *obladas* del cesto que, al llegar al recinto del templo, se había colocado adelante, cerca del altar; los de la familia cogen una *oblada* y una vela cada uno y las llevan al altar, donde el cura las bendice. También se ofrece por parte de la familia una jarra de vino. Estas ofrendas las recoge el sacerdote, aunque en una época posterior las volvía a llevar la familia a casa.

Cuando terminan los oficios, se vuelve a coger la *caja*, que se había quedado en el atrio, y se sale camino del cementerio, situado a las afueras del pueblo. El sacerdote, por el camino, igual que antes en el trayecto desde casa hasta la iglesia, echa *responsos*, durante los cuales se detiene la comitiva; en ellos, el monaguillo pone del revés el bonete del cura y la gente echa en él dinero, según la voluntad. Normal-

mente, se echa un responso de casa a la iglesia, y alguno más al llegar al cementerio. Y en él, se entierra al difunto en el *pozo* (la sepultura), de forma rectangular y alargada, en lo hondo de la tierra.

El entierro suele celebrarse por la mañana, sobre las cuarenta y ocho horas tras el fallecimiento. Los funerales son costeados por la familia de la casa del difunto.

Tras el entierro, se tiene la costumbre de celebrar una comida, a la que acuden los familiares más próximos del difunto. Se suele sacrificar, para ella, un carnero, y se come o patatas con carne o patatas con bacalao. La comida se empieza rezando unas oraciones por el fallecido.

Durante los días siguientes del entierro, se quema en el campo el jergón de la cama en la que ha ocurrido la defunción, aunque si es de lana, lo que se hace es lavarla, también unos días después. Se trata de un rito de reparación de una de las pertenencias del muerto.

Los familiares de la casa del fallecido guardan luto por él: las mujeres se visten por completo de negro y los hombres llevan un brazalete negro, bien en la manga de la chaqueta o en la solapa; los niños no llevan señales de luto. El luto constituye «un estado de margen para los supervivientes, en el que entran mediante ritos de separación y del que salen mediante ritos de reintegración a la sociedad general (ritos de supresión del luto)» (6). Y sigue diciendo Van Gennep: «Durante el luto, los parientes del muerto constituyen una sociedad especial, situada entre el mundo de los vivos, por una parte, y el mundo de los muertos, por otra, y de la que los parientes salen antes o después según sea el grado de cercanía de su parentesco con el muerto» (7). La duración de este luto, en Villacidayo, suele ser de un año para los hombres y de dos para las mujeres.

Al año del fallecimiento se celebra el *cabo de año*, con una misa cantada, en la que se vuelve a ofrecer esta vez sólo una *oblada* de pan, una vela y una jarra de vino.

Y no faltan las creencias en la aparición de los difuntos. Estas presencias inquietantes se muestran a veces mediante extraños ruidos que se oyen por la noche en la casa, o mediante la aparición del difunto *resblagao* (montado, con las piernas abiertas) en una vaca. Se nos relata el caso de unos pajaros «que fueron como mal llevaos» (adquiridos por su propietario de forma ilegítima) y dicen que en ellos se aparecía su antiguo dueño, ya fallecido. Otro caso ocurrió en una *corte* del ganado: el pastor dejaba los *caniegos* (panes para los perros) en un sitio y, por la noche, cuando iba a echárselos a los perros, aparecían en otro sitio. Del cambio se responsabilizaba a un difunto que andaba por la *corte*.

Existen ciertas costumbres por la fiesta de Todos los Santos y de los Difuntos. En la misa, los vecinos van a ofrecer grano, *obladas* o dinero. El sacerdote bendice lo ofrecido y, al salir de misa, echan el grano en una *quilma* (talega), para el cura. Con varias de las *obladas* ofrecidas, se hacen partes (cada una en cuatro trozos), que, a la puerta de la iglesia, se reparten entre los niños, es el *zoquete*, que éstos comen con alegría, pues les sabe distinto que el pan de sus casas.

El cementerio y las tumbas se adornan con flores y los vecinos van a visitarlo y a rezar durante los dos días por sus difuntos. Ya hemos hablado de la cena y del toque de campanas, que realizan los mozos en esta fiesta. La muerte también tiene sus celebraciones y sus ritos.

## SECUENCIAS DE LOS RITOS DE PASO EN VILLACIDAYO

### A) *Periodos de margen (liminares):*

#### NACIMIENTO:

- El embarazo.
- La cuarentena (desde el parto hasta la purificación).

#### MATRIMONIO:

- El noviazgo.

#### MUERTE:

- La estancia del cadáver en la casa, desde que muere hasta que lo transportan a la iglesia. (Velatorio).
- El luto que guardan los familiares del difunto.

### B) *Ritos de separación (preliminares):*

#### NACIMIENTO:

- Corte del cordón umbilical.
- Impedimento de salir de casa a la madre, desde el parto hasta la purificación.
- El bautizo (separación del mundo anterior).
- El entierro del niño que muere.

#### ADOLESCENCIA:

- La salida de la escuela.

#### MATRIMONIO:

- La invitación de ambos novios a mozas y mozos, respectivamente, el día de la primera *velación* (amonestación).
- La despedida de solteros.

#### MUERTE:

- La salida del cadáver de la casa.
- La celebración de los funerales.

- El cierre del féretro.
- El acto de tapar la zanja.
- La quema del jergón en el que murió el difunto o el lavado de la lana del mismo.

C) *Ritos de agregación (postliminarios):*

NACIMIENTO:

- El bautizo (agregación a una nueva comunidad).
- La imposición del nombre al niño.
- La comida familiar de celebración del bautismo.
- El reparto de confites tras el bautizo entre los niños.
- La *visita* de las vecinas y familiares a la madre tras el parto y los regalos que le hacen a ella y al niño.
- La purificación tras la cuarentena (*salida a misa*).

ADOLESCENCIA:

- Incorporación a los trabajos y faenas campesinas.
- Los primeros bailes.

MATRIMONIO:

- La *pedida* (el *salir novios*) de mano, con todos sus componentes: charla, cena, acuerdos sobre la ropa de la boda.
- El acto de echar el *sendero* (camino de paja entre las casas de los novios y la iglesia).
- Las comidas de los padres, novios y *acompañaos* en las tres distintas *velaciones* (amonestaciones).
- El cobro de los *pisos*, si el novio es forastero, por parte de los mozos (precio de su agregación a la nueva comunidad).
- Los actos de celebración de la boda: la misa, la comida y cena, la tornaboda, los bailes...
- Los regalos de boda.

MUERTE:

- La comida tras el funeral y el enterramiento, que tiene como finalidad —según Van Gennep— renovar entre los miembros supervivientes de la familia la cadena que se ha visto rota con la desaparición de uno de sus eslabones (8).
- La conmemoración del *cabo de año*.
- La finalización del luto.

(1) Este trabajo no hubiera sido posible sin las informaciones proporcionadas por Elicia García Llamazares (60 años), Jesusa Valladares (64 años), Natividad Urdiales (74 años) y Amancio Corral Antón (70 años).

(2) Arnold VAN GENNEP, *Los ritos de paso, versión castellana* de Juan Aranzadi, Madrid, 1986, pág. 13.

(3) Arnold VAN GENNEP, Op. cit., págs. 20-22.

(4) Princiliano CORDERO DEL CASTILLO, "La familia

rural leonesa. (Un sistema llamado a desaparecer)", en TIERRAS DE LEÓN, núms. 32-33, León, 31 de diciembre de 1978, pág. 95.

(5) Arnold VAN GENNEP, Op. cit., págs. 151-152.

(6) Ibid., pág. 159.

(7) Ibid., págs. 159-160.

(8) Ibid., págs. 176-177.



# LAS INVETERADAS DANZAS DE SAN LEONARDO

José María Martínez Laseca



Cada nuevo año, cuarenta días después de Navidad, en la siempreverdepinariega villa de San Leonardo, apaciguada al abrigo de un cerro mozalbete, del que aún es parásito un castillo guertero semides-tartalado, los lugareños se disponen, una vez más, a sumergirse en las aguas profundas de la vieja memoria, repitiendo el ritual entusiástico de la sonoridad y el ritmo, otrora en honor de no se sabe qué dioses o fuerzas naturales.

Pero en la actualidad la católica excusa para escenificar esta costumbre inveterada se debe a la solemnidad de la purificación de la Virgen María, coincidente con la presentación de su hijo en el templo, y que el pueblo llano ha venido nominaudo como de las Candelas, que es fiesta de las luces. Tal queda suplantada una ceremonia pagana que, entre otros, practicaban los romanos cada lustro para honrar a Februa, madre de Marte, a quien tenían por dios

de la guerra. Así, durante la noche iluminaban las calles de la ciudad con profusión de antorchas y teas, porque aquélla intercediera ante su hijo a fin de que les concediese la victoria sobre los enemigos del imperio.

Si la Virgen por patrona, por patrono el obispo San Blas, humilde y sencillo en sus costumbres, milagrero y mártir, curandero de males de garganta. A una mujer a quien favoreció cierta vez, antes de morir le dijo: «Todos los años, en el aniversario de mi muerte, llevarás a la iglesia una candela y la ofrecerás en mi nombre. Si de tal modo obrares, todas tus cosas marcharán prósperamente, y lo mismo les ocurrirá a cuantos hicieren esto.» Por ello, tampoco es de extrañar que al llegar estos días, cuando el ofertorio de la misa, suban mozas y mozos a entregar al sacerdote velas, palomas y rosquillas, entre otros presentes.

También en San Leonardo, al inicio del acto litúrgico, los danzantes, de forma ceremoniosa, ofrecerán su posterior actuación al santo, acercándose de uno en uno a besar su reliquia. Tras ellos lo hará el Ayuntamiento, arrancando desde los bancos de respeto.

## EL RITUAL DE LA DANZA

Pero vayamos más al grano. El baile ritual de los danzantes se efectuará en el interior de la amplia iglesia parroquial, del siglo XVII, que se encuentra abarrotada de gente. El escenario elegido es el presbiterio, frente al altar. Para acceder hasta él, desfilan los oficiantes en dos columnas de a cuatro, precedidos de dos jóvenes nombrados «bobos», que no participan en la coreografía sino como meros asistentes.

Rasgan los sonos de la dulzaina la calma ambiental, y el redoblar del tamboril la va cortejando, al tiempo que los actores principian la primera de las danzas, adornando sus rítmicos movimientos con el entreochoque del palo que llevan en su mano derecha, ya que en la izquierda sujetan una castañuela. Su letrilla parece comportar una velada petición de lluvia:

*Fuentecita, mana y mana  
y cogeré,  
que me está esperando mi amor,  
y tardaré.*

Para las danzas que siguen a continuación los danzantes tomarán ahora dos palitroques, uno en cada mano, los que entrechocarán bien al frente, bien en cruz, paloteando en diagonal o marcando igualmente evoluciones de contradanza.

Las letras de estos bailes son de un bello lirismo y guardan en su entraña curiosa referencia a extraños personajes, como Martín de Antón, y a lugares lejanos, como Amusco, la Trinidad, Castroverde, etcétera, por donde transitaban los sanleonardinos con sus afamadas carretas cargadas de troncos. Claman así:

*¿Cuál es la venada  
que por la montiña va?  
Es la más morenica.  
¿Cuál es la venada,  
que por la montiña va?  
Es la más morená.*

\* \* \*

*Cantaba Leonor  
al señor San Gil;  
la iglesia es pequeña,  
como la reducís, Leonor,  
cómo redobláis,  
redobláis el amor.*

\* \* \*

*Tengo una viña  
en Cantalapiedra;  
tengo una mala,  
tengo una buena  
por podar  
Policarpo andar.*

\* \* \*

*Aquel fraile, aquel,  
el de las mangas anchas,  
no quiere comer.  
Que coma o que no coma,  
palo y sogá en él.*

\* \* \*

*Gaspar y Baltasar  
tres reyes con Melchor  
y Martín de Antón:  
zapatero, mondonguero,  
albañil y zarragón  
es Martín de Antón.*

\* \* \*

*Santa Marta en Fombellida,  
en Amusco San Millán,  
Trinidad en Villatuerte  
y en Castroverde San Juan.*

\* \* \*

*Aquel caballero, madre,  
que de mí se enamoró;  
habiéndole dado el sí,  
¿cómo darémosle el no?*

En la ejecución de los tres últimos actos cobra singular importancia la sustitución de uno de los palos por una especie de plancha de madera, la que produce un sonido fuerte y seco al chocar con su semejante, y que recibe el nombre de «cobertera».

*Tris, tris, traina,  
tiruriru, tiruri,  
tiruriruri ti ti ti.*

\* \* \*

*Altísimo Señor,  
que supiste juntar  
a un tiempo en el altar  
ser cordero y pastor,  
confieso, con dolor,  
que bice mal en buir  
de quien por mí quiso morir.*

\* \* \*

*Al verde, al verde, al verde,  
al verde retamar,  
pulidito andar.  
Mi amante duerme*

*a la sombra de aquel olivar.  
Pulidito andar  
mi amante duerme.  
Adiós, Juan, mozo galán,  
Corregidor, lindo señor.*

Concluidas las danzas, desde la iglesia se trasladan las imágenes de la Virgen de las Candelas y de San Blas, en multitudinaria procesión, hasta una ermita que queda a las afueras del lugar. Durante el trayecto de la misma los acompañantes, contraco-rriente, dando en todo momento la cara a las imágenes, que van portadas en andas, bailan, brazos en alto, a los compases de la jota que toca intermitentemente una orquestilla.

## LOS PROTAGONISTAS DEL CEREMONIAL.

El referido dance de las Candelas y San Blas de San Leonardo supone una de las manifestaciones más características de los bailes tradicionales de nuestra tierra, los que se fueron extenuando poco a poco con la partida de una gran remesa de jóvenes cuando el período desarrollista, si bien últimamente hemos podido asistir a una interesante recuperación que ha permitido revitalizar algunos de los que habían dejado de representarse (Las Casas, Valdeavellano de Tera, etc.).

Cierto que en San Leonardo también sufrieron altibajos, estando a punto de perderse definitivamente a principios de siglo, siendo salvadas del olvido gracias al entusiástico esfuerzo de unos viejos lugareños.

El actual grupo de danzantes, integrado por meros aficionados, hombres todos ellos, se compone de cuatro parejas que se disponen cara a cara, en dos filas iguales. Los situados en las cuatro esquinas reciben el nombre de «guías», y el de «llaves», los que ocupan la parte central.

Chocante, cuando menos, resulta la indumentaria que portan, la que apenas si deja resquicio para vislumbrar las galas originarias de tipo pastoril. La mudanza, al parecer, se debió a la creación del señorío y marquesado de la villa, troncándosenos los susodichos en majos dieciochescos: chaquetilla adamascada, faja de seda, camisa blanca con remates-pechera y puños de puntilla, corbata, pantalón rojo, medias blancas y zapatos negros con hebilla de plata, anudando el pañuelo a un lado de la cabeza. Cuando desfilan van provistos de capa pluvial, de la que se desprenden, lógicamente, para bailar.

Tampoco conviene perder de vista a esos curiosos ayudantes del grupo: los «bobos», pues si bien sus cometidos se ven reducidos a los de meros pali-lleros, su chillona vestimenta arlequinada —con a

modo de levita y pantalón cuarteados en verde y granate— nos los emparenta con la familia de los zarrones, zarragones y máscaras carnalescas, de indudable protagonismo en este tipo de danzas de paloteo, por lo que resulta llamativa aquí su gran ausencia, máxime cuando en la sexta de las letrillas de sus danzas hemos podido observar se atribuye tan ridículo oficio al desconocido Martín de Antón. E igualmente sobre su muerte simbólica en el último de los palos, privando de maestro de ceremonias a los danzantes, se hacía mención expresa en una de sus viejas canciones al decir:

*Ya se murió el zarragón,  
ya no podemos bailar,  
y el bendito San Miguel  
lo ha vuelto a resucitar.*

*Troncos y coles, pepinos y melones,  
clavo y canela, pimienta y azafrán.  
¿Quién le mandó tocar al gaitero?  
¿Quién le mandó que le diera dinero?*

Por desgracia, el zarragón de San Leonardo, muerto y requetemuerto, no volvería nunca más a levantar cabeza.

De otra parte, las melodías de los bailes, que han venido siendo habitualmente interpretadas por un dulzainero y uno o dos tamborileros de la zona (San Leonardo, Fuentearmegil, Santervás...), no hace mucho eran acompañadas a coro por los cánticos de las mujeres que declamaban las letras antes transcritas.

## SOBRE UN POSIBLE ORIGEN

No obstante, tal vez a la ya de por sí vistosidad y atractivo de la sola contemplación del dance haya que sumar el impacto emocional que proporciona la incógnita de su desconocido origen.

Diferentes autores, que se han dado en cavilar sobre el mismo, son coincidentes en afirmar su posible entronque celtibérico, confiriéndoles importancia en su vertiente guerrera, para lo que alegan conexiones y similitudes con las danzas de armas. Por tal dirección resulta cómodo asociar los palitroques como elementos sustitutivos de las espadas, al igual que las «coberteras» instrumentizan la presencia manifiesta de los escudos.

Hasta nosotros han llegado numerosos testimonios (Jenofonte, Silio Itálico, Estrabón...) referidos a las danzas armadas, que pudieran constituir los antecedentes lejanos del paloteo. Entresacamos la noticia que Sebastián de Cobarrubias nos da en su «Tesoro de la Lengua» (1611) al comentar: «Danza había de hombres armados, que al son del instrumento y a compás iban unos contra otros y trataban una batalla. Estos se llamaron pyrricos, del nombre de

Pyrro, inventor de este género de danza, para acostumar a los mancebos a sufrir las armas y a caminar y a saltar con ellas... Este género de danza es muy antiguo en España.»

Como vemos, esta clase de baile o juego bien pudiera comportar en su momento originario un ritual de pasaje no exento de connotaciones religiosas, por el que los adolescentes se adiestraban en las artes del combate, a los efectos de poder incorporarse en la categoría de guerreros de la tribu.

Sebastián Febrel, en 1974, asemejaba las danzas de espadas de Iruécha y Casarajos (estas últimas muy similares a las de su vecino San Leonardo) con la «Ezpatadanza» vasca, que, según su opinar, bailaban los cúskaros cuando en la lucha contra los romanos enterraban a sus muertos, ensalzando el valor y las virtudes del guerrero caído.

Más aún, las coberteras o tapaderas han dado que pensar a algunos de una relación directa con el tan ligero como eficaz escudo celtibero, por lo que cabría asimismo asociarlas con una supuesta danza de las rodelas, una de cuyas manifestaciones supervivientes la encontramos en la villa de Vinuesa cuando durante la ceremonia de «La Pinochada» los dos bandos enfrentados de solteros y casados entrecho-can hasta por tres veces sus espadas y escudos.

#### ULTIMA TRAYECTORIA

Tras de lo hasta aquí dicho, únicamente quedaría referirnos a cómo en su ya larga andadura la cuadrilla de danzantes de San Leonardo actuó en Madrid, en 1932, con motivo de las fiestas de la proclamación de la República. Y en ese mismo año, el 21 de mayo, fue contemplada su exhibición *in*

*situ* por Federico García Lorca, quien se acercó a nuestra provincia acompañando al ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos y Urruti.

Que otras veces, de nuevo, acudirían a la capital de España, y también cursarían visita a otros varios lugares. Todo ello gracias a la labor meticulosa desarrollada por Felipe «el Purea», Gabriel y Antonio Ayuso, los hermanos Muñoz, Julio Sanz y tantos otros que asumieron el compromiso de restablecerlas y continuarlas, transmitiéndolas de generación en generación.

Por ello, ahora quizás el sentido de estas danzas no parece ser otro que el del reforzamiento orgulloso de unas señas propias de identidad (ritual de identificación).

Y como va siendo hora pongo punto final a esta relación, pues quien quiera degustar la descrita demostración artística, hágalo en su justa salsa, ya que nadie se lo impide, acudiendo a la villa de San Leonardo: si no el 2 de febrero a las Candelas, al otro día, San Blas.

#### BIBLIOGRAFIA:

- ALLO, Félix: Las danzas tradicionales de San Leonardo de Yagüe" en *Campo Soriano*, 7 noviembre de 1970, pág. 3.
- CALVO, Bienvenido: "¿Es tierra de danzas y canciones nuestra provincia?" en *Soria Hogar y Pueblo*, 29 diciembre de 1958, pág. 4; 26 enero de 1959; 2 febrero de 1959, pág. 3 y 9 febrero de 1959, pág. 4.
- DANZAS SORIANAS: Amplia información literaria y gráfica en *Duero*, 3 diciembre de 1944.
- ORTEGA DEL CASTILLO, Alfredo: "Danzas de San Leonardo" en *Soria Hogar y Pueblo*, 9 y 12 febrero de 1964, págs. 7 y 4 respect.
- TUDELA, José: "Los bailes de Soria" en *La Voz de Soria*, 29 de febrero de 1924, pág. 2.



## LA COFRADIA

La Cofradía de San Antonio Abad, popularmente conocida con el nombre de San Antón, fue fundada por el párroco D. Julián Pérez Mercadillo el año 1734, aunque hasta el año 1740 no concluyera la confección de sus Estatutos, que fueron aprobados por el Obispo de León, Fray José de Lupia y Roger el día 27 del mismo mes y año.

Residía esta Cofradía en la desaparecida Iglesia de San Juan. Una vez arruinada ésta, pasó a depender de la Parroquia de Santa María.

El Retablo de la Iglesia de San Juan, donde veneraban al Santo, fue comprado por la Cofradía. El contrato de su construcción dice así: «Digo yo, Gabriel Pérez, vecino de la ciudad de Rioseco y maestro de Arquitectura, que recibí de los señores Cofrades y Oficiales de la Cofradía del Glorioso S. Antonio Abad, sita en la Parroquia de San Juan de esta villa de Castroverde, es a saber, 500 reales de vellón, por cuenta de más cantidad en que tengo ajustado y puesto un Retablo para dicho Santo. Y por ser verdad lo firmo en dicha villa a 26 días del mes de enero de este año de 1743». El costo total fue de 650 reales de vellón. A esta cantidad se añadieron 83 reales que costó dorarlo el año 1766.

El actual Retablo, situado en la Iglesia Parroquial de Santa María del Río, lo hicieron en 1954 y costó 8.000 ptas. El Santo, es moderno, de escayola. Acordaron comprarlo el día 10 de diciembre de 1900, siendo adquirido en 1901 por 200 pesetas. El Santo primitivo se conserva en la sacristía, es una talla de madera del siglo XVIII.

Las Varas de la Cofradía, que van pasando de unos Cofrades a otros, las compraron el año 1797 suponiendo un gasto de 92 reales.

En un principio esta Cofradía no admitía más de 50 Cofrades, pero esta limitación desapareció y podían pertenecer a ella quienes quisieran.

Era costumbre, por parte de los Cofrades, hacer juegos de dinero el día de la Fiesta del Santo. Al darse cuenta que esta práctica no era la forma más idónea de honrar al Santo, deciden el año 1784 no jugar dicho día.

Cada año entraba un nuevo Mayordomo para servir al Santo; debía costear el refresco y las avellanas de la Fiesta, lo que suponía un gasto excesivo. A fin de que nadie se viese privado de servir al Santo, por el gasto que suponía ser Mayordomo, acordaron en Junta General celebrada el año 1803, que el Mayordomo entrante no pagara otra cosa que los gastos pertinentes a los cultos celebrados en honor del Santo.

## COSTUMBRES:

### PETICION Y SUBASTA DE DONATIVOS:

Esta es la única costumbre que en torno a San Antón se sigue celebrando.

La víspera, los Cofrades antes, y ahora personas voluntarias, recorren el pueblo pidiendo productos para subastarlos a beneficio de los cultos del Santo. Consistían estos en pies de cerdo, orejas, dulces, huevos, chorizos, trigo, cebada, tortas, licor, etc.

El día de la Fiesta, generalmente por la tarde, se subastan esos donativos en el pórtico de la Iglesia.

## LOS REFRANES

El día de la Fiesta del Santo, aprovechando que los feligreses se acercaban al pórtico de la Iglesia para que el párroco les bendijese a los animales, el pueblo vivía y celebraba un acto de convivencia en el que se recitaban sus anuales «Refranes». Eran éstos una composición poética en cuartetos, en las que como vamos a comprobar en dos ejemplos que hemos recopilado, se mezclaban, con permiso del Santo, los acontecimientos que a lo largo del año habían sucedido en la comunidad.

En principio los protagonistas de estos versos eran animales domésticos, pero también se aprovechaba la ocasión para evocar otros hechos relacionados con las personas, sobre todo con las del género femenino.

Los compositores de los «Refranes» solían ser hombres, quienes, a veces, subidos sobre una caballería les recitaban. El más simple acontecimiento que en el pueblo hubiese sucedido era aquí tomado a burla o broma en los versos

de estos improvisados versadores. A veces, sobre todo si se personalizaba el hecho (y éste no era muy edificante), podía llegar a molestar al aludido. Pero este era un hecho irremediable, aunque predominaban los acontecimientos intrascendentes e impersonales. El carácter burlesco que tenían estos «Refranes» lo podemos comprobar en los dos ejemplos siguientes. En ambos el comienzo es similar y también tenían muy parecida la parte final de despedida, aunque en el segundo ejemplo no la tiene.

#### REFRAN N.º 1

*¡Oh glorioso San Antón!  
Santo mio y abogado,  
aquí te vengo a contar*  
4 *poco o mucho que ha pasado  
en este pobre lugar.*

*Todos vamos al trabajo  
a ganar una peseta*  
8 *y luego gastamos cuatro  
cuando nos viene una fiesta.*

*El trabajo está premiado  
y de muchos intereses,*  
12 *y todos se harían ricos  
si no fueran los reveses.*

*Un hombre de este lugar  
sin reparar en caminos*  
16 *enganchó la burra al carro  
y se marchó a Benavente  
a comprar unos cochinos.*

*Trasteando de un lado a otro,  
dando vueltas al mercado*  
20 *le pegó la cosa bien.*

*La misión quedó cumplida;  
y muy contento y alegre*  
24 *echó los cerdos al carro  
y se vino a Castroverde.*

*Cuál sería su sorpresa,  
¡oh San Antonio divino!*  
28 *que traía cuatro cerdos  
y los perdió en el camino.*

*El, cuando a casa llegó  
fue a descargar los marranos*  
32 *y se llevó la sorpresa  
que se le habían marchado.*

*Y luego empezó a dar voces,  
loco, y ya desesperado,*  
36 *miró «pa'cá», miro «pa'llí»  
y los marranos no gruñían  
porque no estaban allí.*

40 *Ya se enteró su mujer,  
y se fue a ver qué pasaba;  
y le dice: —¡compañera!  
he «ganau» buena jornada;*  
44 *fui a ganarme dos pesetas  
para tener que comer  
y si echo otro viaje  
nos echamos a perder.*

48 *Echan los dos a correr,  
cada cual por su camino,  
y en la Piedra de Píncel (1)  
allí estaban los cochinos.*

52 *Ya les llegó la alegría,  
y muy contentos y alegres  
se los cogieron a cuestras  
y vienen pa'Castroverde.*

56 *Cuando llegaron a casa  
ya cenaron más tranquilos  
por haber recuperado  
lo que creían perdido.*

60 *Y le dice la mujer:  
—Tienes que tener cuidado,  
que te va a pasar a ti  
lo que le pasó a Pelayo,*  
64 *que también perdió la burra  
y eso que iba de a caballo.*

*Pasan cosas en la vida  
que son ciertas de creer*  
68 *a unos les toca ganar  
y a otros les toca perder.*

*Mi padre compró una vaca  
para hartarnos de cecina*  
72 *y gastó para cebarla  
veintitrés sacas de harina.*

*Qué alegría y qué contento  
teníamos todos en casa*  
76 *con los dientes afilados  
para comernos las mazas.*

*Y como estaba tan gorda  
mi padre fue y la mató*  
80 *y «pa'que» la registrara  
se fue a llamar al doctor.*

*Aquí llegó el desencanto  
y se acabó la alegría*  
84 *porque nos dijo el doctor  
que la carne de la vaca  
para comer no valía.*

*Estos si que son reveses  
estos si que son estragos*  
88 *que nos ha quedado a todos  
con los dientes afilados.*

- 92 Y no lo perdimos todo  
y tenemos un recuerdo  
que de esta vaca querida  
nos quedamos con los cuernos.
- 96 Y dejemos ya de vacas,  
de marranos y cochinos,  
y vamos a hablar un poco  
del género femenino.
- 100 Estamos tan agraciados  
y el entusiasmo es alegre...  
¿Queréis mujeres bonitas?  
Buscadlas en Castroverde.
- 104 Miradlas qué hermosas son,  
sus ojos son dos luceros,  
son ángeles de la tierra,  
que Dios nos manda del cielo.
- 108 Es el amor y el encanto;  
ellas brillan más que el sol  
es el consuelo más grande.  
Todo es pureza y amor.
- 112 Miralas cómo se rien  
porque las tiro piropos;  
y también en Castroverde  
tenéis unos buenos mozos.
- 116 Yo no sé lo que aquí pasa  
el decirlo me da miedo,  
¿por qué las mejores mozas,  
las llevan los forasteros?
- 120 Estas cosas del amor  
es parecido a la muerte,  
todo aquél que muere viejo  
es porque ha tenido suerte.
- 124 Yo me salí a buscar novia  
que fuera hermosa y gallarda,  
y por fin me encontré a una  
barriendo la portada.
- 128 —Buenos días, señorita,  
le dije lleno de amor,  
de lo mucho que te quiero  
me partes el corazón.
- 132 Ella se queda mirando,  
y dice con mucha calma:  
—Te agradezco los honores  
que me haces por la mañana.
- 136 —Pues no te parezca mal  
que yo te quiero y te adoro;  
si tú me dices que sí  
ya lo he conseguido todo.
- 140 No se aguardó a más razones,  
echó a correr tras de mí  
con la escoba entre las manos,  
si no se le caen las bragas  
me da buenos sartenazos.
- 144 Yo no dejé de correr,  
y dije a mi tía Narcisca:  
—La caída de las bragas  
me ha librau de una paliza.
- 148 También te voy a contar,  
Santo mío muy amado  
una cosa no se secreta  
que en este pueblo ha pasado.
- 152 Una moza de este pueblo,  
bien hermosa y bien salada,  
se cenó sola una noche  
más de kilo y medio de habas.
- 156 Se fue a la cama tranquila  
bien repleta y bien contenta  
y a eso de la media noche  
se declaró la tormenta.
- 160 Vengan ruidos y más ruidos  
y a su madre la despierta;  
y se tiró de la cama  
a ver si era cosa cierta.
- 164 Se fue al cuarto de su hija,  
¡Ay, mi Dios, cómo la encuentra!  
¿Qué te pasa, hija querida,  
que a todas nos despiertas?
- 168 —Madre de mi corazón,  
no sé si sueño o deliro,  
se dispara la escopeta  
sin tirar de los perrillos.
- 172 Con qué fuerza no saldrían  
los malditos perdigones,  
que en la pared de la sala  
hizo muchos desollones.
- 176 Su madre se fue a la cama  
y la encontró hecha pedazos,  
estaba toda esturada  
a fuerza de fagonazos.
- 180 Y a ti, San Antonio Abad,  
te pido de corazón,  
de todas estas mocitas  
tengas mucha compasión.
- 184 Y que tengan mucha suerte  
para encontrar un buen novio;  
enséñalas tú el camino.  
no se lleven un «Tenorio».
- 188 Y que ellas en recompensa  
puedan venirte a alabar  
y en el día de su boda  
recuerden este «refrán».
- 192 Y patatín, patatán,  
este «refrán» se «acabá».

REFRAN N.º 2

- ¡Oh glorioso San Antón!  
que he deseado este día  
pa'venirte a festejar  
4 con muchísima alegría.
- Aunque me ves jovencito  
contigo tengo ilusión  
y vengo a felicitarte  
8 mi querido San Antón.
- Vengo también a contarte  
un caso que me pasó,  
que saliendo de paseo  
12 mi abuelito se perdió.
- Dando vueltas por el campo,  
y ya con rumbo hacia el pueblo  
creyendo entrar en su casa,  
16 se metió en el cementerio.
- Una vez que se dio cuenta  
del lugar que se encontraba  
trató luego de salir  
20 con la puerta ya cerrada.
- Como la noche caía,  
daba vueltas «alredor»  
y ya se había marchado  
24 pa'casa el enterrador.
- Al verse en tales apuros  
echó mano de la mesa,  
para tratar de escalar,  
28 y le faltaron las fuerzas.
- El herrero de Villar  
pasó en aquellos momentos  
y no se atrevió a ampararle  
32 creyendo que eran los muertos.
- Llegó a casa transformado  
y le dice a su mujer:  
—El miedo que yo he pasado  
36 no lo puedes comprender.
- Cuando venía pa'casa  
vi un bulto en el cementerio  
me pareció que era un hombre  
40 porque tenía sombrero.
- Yo «vía» que me llamaba  
y apretamos a correr;  
pues fijate por el sitio:  
44 ¿Quién le quita el cascabel?
- Yo miraba para atrás  
por ver si de allí salían;  
me pareció que los muertos  
48 todos tras de mí corrían.
- Mientras, el pobre Aurelio  
daba vueltas sin consuelo,  
llamando y pidiendo auxilio  
52 y nadie fue a socorrerlo.
- Perdidas las esperanzas  
se le apoderaba el miedo;  
y se acercaron a la puerta  
56 dos mocitos de este pueblo,  
que al verle tan apurado  
vinieron corriendo al pueblo  
dieron cuenta a la familia  
60 y fueron a socorrerlo.
- Y con grande regocijo  
salió de aquel encierro  
pensando en que Dios no falla  
64 al que siempre ha sido bueno.
- Y hagamos punto final  
y dejemos a mi abuelo.
- Y te daré otro relato  
68 si me prestan atención;  
lo que pasó a dos doncellas  
en la pasada Función.
- Son dos amigas queridas  
72 y ninguna tiene novio  
y como ven que no llega  
las dos se tiran del moño.
- Las dos están disgustadas  
76 y para aliviar sus penas  
se marcharon a una casa  
a preparar la merienda.
- De primero se comieron  
80 dos docenas de tomates  
y de postre se pusieron  
dos libras de chocolate.
- Lo metieron en el cuerpo  
84 sin ayudas de vecinos,  
y también se consumieron  
cuatro cuartillas de vino.
- Después de estas bien repletas  
88 se agarraron de las manos,  
se subieron a una mesa  
a aprender a bailar tangos.
- Una vez ya convencidas  
92 de que lo hacían muy bien  
se marcharon a la cama  
buscando el amanecer.
- Dentro de muy poco tiempo  
96 les entraba gran fatiga,  
que las daban mil vueltas  
y ninguna se dormía.

- 100 *La marea era tan grande  
que no podían parar  
y a fuerza de hacer esfuerzos  
se rompió el tubo del gas.*
- 104 *Era tan grande el sonido  
que despertó a un pobre sastre,  
fue a la ventana y las dijo:  
—con la música a otra parte.*
- 108 *También venía un soldado  
que pasó por la ventana  
y al sentir el ruido, creyó  
que ya tocaban diana.*
- 112 *Se levantan de la cama  
para emprender las labores  
y se fijan en las ropas,  
¡estaban de mil colores!*
- 116 *Se miran una a la otra  
viendo aquel escaparate,  
y terminan por decirse:  
—Son frutas del chocolate.*

#### EL MARRANO ANTON:

Durante muchos años, comenzando en 1798, aunque de forma intermitente, hubo el llamado «marrano antón» que, comprado por la Cofradía, donado por algún Cofrades o regalado por alguna persona devota, era alimentado y atendido

debidamente por el vecindario. Deambulaba por las calles del pueblo durante un tiempo. En su ir y venir se podía acercar, en verano, a las eras y se le permitía que comiese en los montones de cebada. A veces, hacía notar su presencia, con una esquila que se le ponía al cuello.

Transcurrido un tiempo, y cuando el animal tenía un peso considerable, se vendían papeletas, por parte de los Cofrades, para rifarlo. El dinero recaudado servía para el culto al Santo.

Esta costumbre, tan arraigada en Tierra de Campos, dejó de celebrarse en Castroverde no hace muchos años, en 1970.

---

(1) Pago de Castroverde de Campos.

#### BIBLIOGRAFIA:

- Sanmillán Hierro, Cándido: LAS COFRADIAS. Revista "APUNTES en torno a Castroverde de Campos", n.º 8, agosto 1988.
- Villar Herrero, Sarvelio: SAN ANTON. Revista "APUNTES en torno a Castroverde de Campos, n.º 10, marzo 1989.
- Sánchez del Barrio, Antonio: EL "MARRANO ANTON". Cuadernos Vallisoletanos, n.º 19, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular.
- Alonso Ponga, José Luis: Manifestaciones en torno a San Antón en algunas zonas de Castilla y León, Revista de Folklore, n.º 2, 1981, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular.



# Las campanas extremeñas en el contexto antropológico

José María Domínguez Moreno

*(Este trabajo viene a complementar al que, bajo el título de «Las campanas en la provincia de Cáceres: simbolismo de identidad y agregación», apareció en el número 96 de la REVISTA DE FOLKLORE, págs. 183 y ss.*

## I

Las campanas son la vía física, el canal a través del cual se emiten mensajes mediante un código que conocen tanto el emisor como los feligreses. El lenguaje de las campanas es variado y rico en matices. Cada comunidad rural tiene un sistema de toques que se diferencia del de los pueblos próximos. «Cuando vamos a las cerezas al Valle del Jerte no averiguo a qué tocan. Pa to parece que tocan lo mismo... Ellos serán los que entiendan» (1). El timbre también es distinto: «Me meten entre cien campanas, ca una del su padre y de la su madre, y no creas que pierdo la nuestra» (2). El campesino se identifica con sus campanas. Ellas le marcan los momentos del día y los acontecimientos que verdaderamente tienen importancia en la vida rural.

El día comienza con «el Angelus, que es cuando nos levantamos. En el verano, a las seis de la mañana, y en el invierno, a las seis y media o a las siete... Los curas s'han jecho zán-ganos redomaos y ya no tocan hasta las oca o p'allá», me decía un campesino del norte de la provincia con cierto pesar. «El toque de las monjas» de Serradilla constituye una medida del tiempo en los días ordinarios (3). Son numerosas las iglesias que siguen conservando el reloj de sol en sus muros, aunque ya no marcan las pautas del toque a los campaneros. Sin embargo, y a pesar de que ya no señalan la hora solar, «tovía nos guiamos por ellas (las campanas) a las oraciones, pa echar el cigarro, o estiral la rebailla... Ya las tocan cuando salen los monaguillos de la escuela, a la una. Antes era el mediodía justo y el que quería rezar, rezaba... Cuando la siega tocaban a las doce, y entonces íbamos a comer» (4). El último de estos toques se produce al atardecer, y marca el final del día en lo que al trabajo del campo se refiere. «Al tiempo de l'acetunera lo que mos gusta más es el ángelus de la tarde. Son tres golpes, tres golpes y tres golpes. Nueve campanás de tres en tres. Dice la gente: que mos

llaman. Tos p'al pueblo. Recogemos y nos vamos. Si un día se retrasa algo el monaguillo, bien que mos acordamos de la su familia y del padre y de la su madre» (5). Con estos toques diarios se ritualizan el comienzo y el fin del trabajo, así como el inicio de las comidas. «El reló nuestro son las campanas..., de siempre. Al meyudía la Sargenta (nombre con el que conocen a una campana) nos dice que la otra sargenta, la mujer, anda con el cucharón metío en la sopa» (6). «Al toque de las gallinas, qu'es el último del ángelus, al pardear..., a darle el jato al ganao. Aluego cenamos en casa» (7).

La campana recuerda a cada instante al campesino el sometimiento a un horario más rígido de lo que a primera vista pudiera suponerse. El propio pueblo tiene suficientes mecanismos que obligan al riguroso cumplimiento. «Si no t'has levantao a las oraciones, te llaman vago o lo que l'entre en gana y te queas con el mote» (8). Los trabajos de los jornaleros se computan «de sol a sol, de oración a oración, y un descansao a la metá, a las oraciones de mediodía» (9).

Numerosos pueblos de la Tierra de Plasencia y de la Tierra de Granadilla tienen cercadas las hojas del término dedicadas a viñedos, manteniéndose en torno a esos espacios unas normas que emanan de las ordenanzas del siglo XV (10). Día y noche han sido vigiladas por un guarda, y la permanencia en el recinto, incluso a sus dueños, únicamente se les permitía «entre toque y toque» (11). El comienzo de la vendimia también estaba regulado por el concejo, y se anunciaba mediante el tañido de la campana.

En el año 1980 pasaba unos días en un pueblo del oeste de la provincia, donde unos padres paúles «daban misiones». Su llegada hizo revivir los toques del Angelus, que en aquella localidad se habían abandonado hacía poco más de un lustro. «La campana es la voz de Dios, que llama a la oración», no se cansaban de re-

petir los pupilos de San Vicente. La reiteración surtió efecto, ya que comprobé que muchas personas, especialmente mujeres adultas, se santiguaban coincidiendo con los tres toques (12). Tal costumbre, por otro lado, es habitual en toda la geografía cacereña. «Me santiguo cuando tocan. Me da igual que toquen a lo que toquen... Las campanas jacen santo al pueblo cuando tocan, a tó el pueblo lo ponen santo, y los mandamientos de Dios mandan signarse en lo santo. Igualmente hay que santiguarse al pasar por delante de la iglesia y de la ermita que sea, y del cementerio, porque *delante están santificás*» (13). Iglesia, ermita y cementerio son espacios sagrados en sí mismos. El otro es un espacio sagrado que *se crea* mediante el tañido de la campana e integra a la parroquia o municipio como un todo. Los tañidos de la campana anuncian una sacralización del entorno en algunos instantes precisos, como ocurre en momentos de las misas dominicales y festivas. Tan es así que sus golpes pregonan el clímax del sacrificio eucarístico, **convierten** en templo el espacio en el que escucha el eco y proclaman que es el instante más propicio para la oración. «Al tocar a alzar se reza la oración, y eso vale por ir a la misa, porque to el campo es como si fuera la iglesia:

A misa tocan,  
a gloria repican;  
un ángel me dio la voz,  
yo le atendía a ella;  
que Dios me tenga en misa  
como si estuviera en ella» (14).

Esta creación del espacio sagrado por medio de los toques de la campana es lo que transmuta en curativas a algunas plantas, obligando a recogerlas precisamente cuando suenan en el momento de la elevación.

## II

Durante años hemos tenido la oportunidad de estudiar las campanas desde ópticas muy distintas en Ahigal (15), un municipio situado en el corazón de la Tierra de Granadilla. Su lenguaje, aunque no muy diferente, presenta matices respecto al de las campanas de otras poblaciones de la comarca y de otras áreas culturales semejantes (16). Los mensajes que emiten son o han sido comunes a los del resto de la provincia, ya que no debemos pasar por alto que muchos de ellos se han perdido en distintas poblaciones. La desaparición de ciertas acciones o acontecimientos hace que algunos toques no sean ya necesarios, sin olvidar otros factores que han incidido *negativamente*. «Antes era más bonito: sonaba

la campana pa lo que tenía que sonar y ya estabas enterao. ¿C'había fuego? ¿Onde, ónde? Se corría la voz de rápido... Dende (que instalaron) el altavoz mos lo avisa el aguacil..., mos avisa dende la oficina y mos dice ánde está el fuego. Lo malo es lo de encuenral al aguacil. Las campanas cualquiera las toca, pero los muchachos nuevos nenguno sabe tocar la campapa pa lumbré» (17). Sin embargo, es la electrificación de las campanas, tendente a una normalización o estandarización y hecha sin un previo estudio de las peculiaridades acústicas de cada comunidad, la que está llevando al abandono y al consiguiente olvido de muchos de los toques que han constituido todo un fundamento de la cultura local. El pueblo no es indiferente a esta usurpación de una parte de su identidad. «A mí que m'entierren tocando como siempre... Las eléctricas son una mierda entera. Si no, que no toquen. Que me lleven tocando como siempre o que no toquen. Me van a enterrar y me tocan asín, y me creo que m'están enterrando en otro pueblo. Pa que me toquen ahora prefiero cascar en la Semana Santa, que no tocan las campanas en la Semana Santa» (18). La identificación de mi informante con unos sonidos le lleva al extremo de no aceptar que despidan su cuerpo unas campanas que él no reconoce. Prefiere mo-



rir en Semana Santa, en los días en que las campanas enmudecen, y «condenarse», como es creencia en la comarca de las Vegas del Alagón, a pasar en el infierno como mínimo desde el momento del óbito hasta el domingo de Resurrección. La oposición, por otro lado, es nula o totalmente pasiva. El conservadurismo del medio rural cacereño pierde fuerzas y se enfrenta mínimamente a estas imposiciones, si es que no se halla atraído por este tipo de novedades productos de una «colonización» más o menos rápida. Así me expresaba un joven su resignación ante «las campanas con motor» que acababan de instalar en la iglesia parroquial de su pueblo (referencia a 1984): «Ni un pelo me gustan, pero ¿qué vamos a hacer? Si mi padre viviera seguro que le cortaba al cura los cojones.» El culpable de la electrificación, casi siempre el sacerdote, no deja de ser el centro sobre el que encubiertamente recaen las censuras y es inculgado de moverse por intereses de todo tipo, que mis entrevistados con cierta cautela sacaban a relucir: «Que no me vengan a contar que van a ponerlas con electricidad porque el campanario está mu malo y le da mico que suban a tocar los monaguillos. Pamplinas son esas. No me creo qu'esté peor que cuando yo era monaguillo y muchos días subía ocho y diez veces. Si está malo, que pongan a arreglarlo, que buenas perras ha sacao el día del Cristo... Este cura la tiene cogia con las campanas. No jace que aprendan a tocar los monaguillos... El tampoco los aprende. To es pa poner motores a las campanas. En na mos planta una cinta o un disco por el altavó de la plaza, y eso es tocar a misa. ¡To! Mos quita to. Los curas mos quitan to: las costumbres. To. Mos quitan hasta ir a misa» (19). «Con lo de las campanas yo sé bien lo que pasa. Llega el campanero donde el cura y empieza que si eso (tocar a mano) es un atraso, que si el sacristán o el monaguillo se cae la responsabilidad es pa él, que si pito, que si flautas. Quizá del primer golpe no lo convence, pero empieza que en tal pueblo y en tal otro ya la tienen eléctrica. A lo mejor tampoco lo anima. Pero... ¡ca! ¿Qué cura no es perrero? Empieza después a decirle que las campanas son un servicio público y que lo subvencionan cambiarlas a eléctrica..., qu'es que con un botón mueven el badajo automático. La cosa se arregla que el cura pida a la Diputación o a la Junta cien mil pesetas, y el campanero hace el montaje en cuarenta mil y falscan la factura de la cuenta. Las sesenta restantes se las reparten: treinta mil se guarda el campanero y treinta mil se van al bolsillo del cura. Lo sé de mu buena tinta» (20). «El bicho de que llegó aquí vio lo de las palomas... Jacian los níos en el campanario y los monaguillos algunas veces le retorcián el gañón a los palomi-

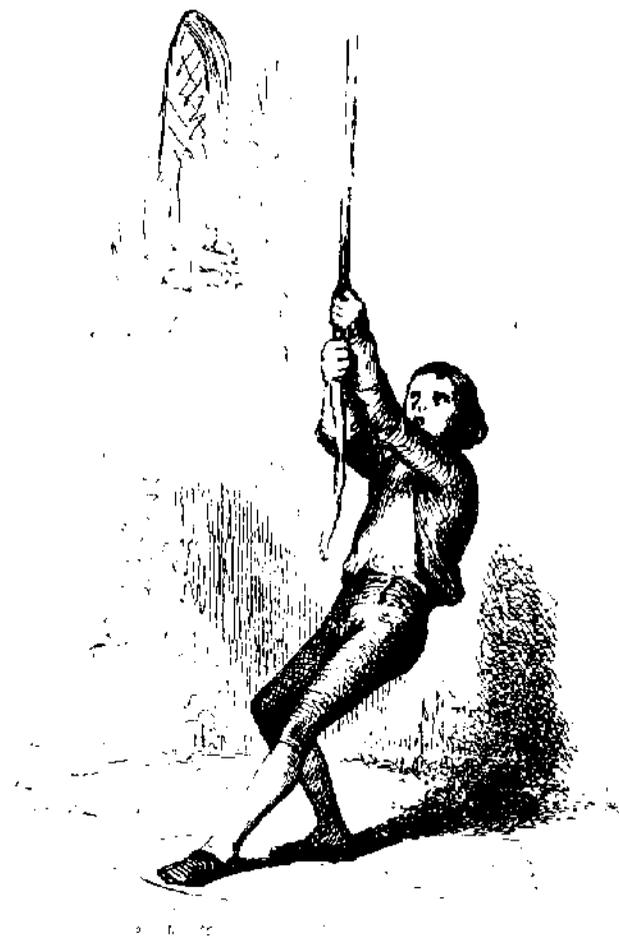
nos. No puede ser; que me quean sin carne pa echarle al arroz. Lo piensa bien pensao y le se viene a la ocurrencia de poner una tranca a la puerta y un martillo de los eléctricos a las campanas. ¡Amos, que s'ha montao un palomar! Y encima s'ha jecho con un palomo ladrón, qu'está llevando al campanario a toas las palomas del pueblo. Por eso puso el botón eléctrico pa tocar... y asín jartarse de comer a costa de las palomas ajenas. ¿A santo de qué, si no, ha puesto lo eléctrico» (20).

### III

Todas las crisis de la vida son y han sido anunciadas por la campana. Sus tañidos nos recuerdan que somos miembros de una unidad mística y que para mantenerla hay que sentirla y actualizarla a cada instante (21). Un nacimiento es algo que atañe a toda la comunidad y no sólo a la familia que va a recibir un miembro. Se tocan las campanas cuando el parto se va a producir. Es necesario que los vecinos se enteren y que recen «pa que la cosa no venga dificultosa». Se dan dos y dos campanadas, con una breve pausa entre ambas. Cuando el parto se complica se dan más pares de tañidos. «Al oír tocar a paría se reza un Ave y un Gloria... Los Gozos de San Pascual Bailón es el toque doble. Lo dan cuando se va malpariendo.» Coincidiendo con esas llamadas, el futuro padrino o el hermano mayor de la parturienta «jacen voltear el esquilón del Cristo, pos en la su ermita está San Ramón, que aboga por los nacimientos felices». La venida al mundo es igualmente anunciada: dos o tres tañidos, dependiendo que el recién nacido sea niño o niña. «Quizá están tres cumplías y tocan. Eso dice que tenemos un nuevo macho o jembra. Lo entera bien la campana. Un instante después tocan el esquilón. Si tocan el de la iglesia es que la paría vive p'al medio del pueblo; si tocan el de Santa Marina es que vive pa Santa Marina, y lo mismo el del Cristo y el de los Santitos Mártires.» No es la única ocasión en la que las campanas de las ermitas anuncian unidades más pequeñas, el barrio, dentro del todo del municipio. «Los del barrio nos enteramos que tenemos un vecino nuevo o una vecina nueva, y que tenemos que cumplir. También cumplen los de fuera del barrio, pero los del barrio debemos ayudarnos más» (22). El cumplimiento consiste en llevar a la casa natalicia diversos alimentos (chocolate, huevos, requesón, bizcochos, conservas...) o ropitas y juguetes para el niño.

Hemos visto cómo la agregación de un miembro a la comunidad rural es anunciada

mediante tañidos de campanas. Aunque actualmente se ha perdido la costumbre, también su voz ritualizaba la vuelta al pueblo de colectivos forzados a la emigración. «Cuando venían los hombres de la siega de Castilla se tocaba con repique... Los vía el monaguillo desde el campanario y tocaba... Llegaban juntos el mismo día. Lo primerito iban a la ermita del Santo Cristo a dar la limosna por volver con bien y con buenas perrinas. Al entrar en el Cristo estiraban de la cuerda del esquilón. El día que s'iban también pasaban por la ermita pa jacer la manda.» Los soldados licenciados «subían al campanario y a repicar las dos campanas to lo que podían y to lo que aguantaban. Si venían varios, al acabar uno seguía al otro, y asín». La despedida consistía en voltear el esquilón de la ermita del Cristo la tarde anterior a la marcha al servicio militar. El mensaje de la campana era bien entendido en la comunidad y llamaba a ésta a acudir a su casa a solidarizarse con el mozo y con la familia que iba «a perder al hijo por una ríolá de años, o ¡vaite a saber!, quizá pa siempre». Ya no tañen, mas



la casa sigue llenándose de personas dadas para decirle adiós al quintado. Si estas marchas temporales se ritualizan, no otra cosa cabe esperarse del momento trascendental de la muerte, la marcha definitiva. Vuelven las campanas a pedir solidaridad del pueblo como un todo hacia el enfermo, tanto en el viático como en el irreversible momento de la agonía. Esta se anuncia con ocho campanadas para los hombres y con siete para las mujeres, «y se tic que rezar un credo pa ayuar a la buena muerte». Tras producirse el óbito se pasa a comunicárselo a la comunidad. «Primero se dobla un rato y se repica, y luego se dan las señales», que consisten en trece golpes con una campana y uno final con la otra, cuando el fallecido es varón. Para las mujeres se dan doce campanadas más una de cierre. Los mismos tañidos avisan de la muerte de las personas ausentes cuando su voluntad ha sido la de enterrarse en el pueblo. En la muerte la campana testifica unos vínculos que no eliminan el tiempo ni el espacio.

El lenguaje de las campanas incluye la distinción de sexos al nacer y al morir. «Se da un golpe más para el niño que por la niña, y por los hombres..., porque los hombres son más importantes.» Las señales por defunción infantil no diferencian sexos. Muchachos y muchachas «son angelitos hasta después de tomar la primera comunión y los angelitos no son machos ni jembras..., asín que tos iguales». Su inocencia no reclama oraciones, razón por la cual sólo se toca por ellos en el momento de conducir el cadáver y consiste en un alegre «din-dan», conocido también por «repique de gloria». Las campanas nos hablan del status social y económico que el fallecido ocupa en la sociedad rural. Los toques, según el rango de cada uno, se presentan normalizados. Su pertenencia a la cofradía de la Vera Cruz le reporta al finado una propina de cinco badajadas sobre el resto de los feligreses. Cuatro al hermano de las Animas; ocho al del Santísimo Sacramento; siete al de San Marcos, y quince al de Nuestra Señora del Rosario. Ser hermano de varias a un mismo tiempo ha supuesto una carga económica a la que muy pocos podían hacer frente. Las aportaciones para los fines sociales y religiosos de las cofradías les son reconocidas en su muerte, ya que las badajadas por él equivaldrán a la suma de las que le corresponden por cada una de las hermandades en las que se encuentra inscrito. Los poderes civiles y religiosos también son objeto de distinción. Por el cura parroquial, tras doblar «lo que duran seis credos» y dar las señales pro-

pias de los hombres, se le añaden treinta y una campanadas; es decir, el cómputo total de las cinco cofradías, a las que pertenece por derecho propio. Al fallecimiento del alcalde se dan dobles señales, «separtándolas por un padre-nuestro».

Mediante el código indicado las campanas comunican no sólo un fallecimiento, sino que marcan unos rasgos diferenciadores que permiten identificar al difunto. «Si estás, pongo el caso, en el güerto y oyes que doblan..., pos aguzas la oreja y oyes pa escuchar las señales. ¡Catorce! Tiene que ser éste, qu'el probc andaba mu maletó. Aluego escuchas y oyes que marcan cuatro badajazos. Ya seguro qu'es ese porque han machacao cuatro golpes, que son los de las Animas, y ése es de las Animas. Asina mos enteramos, al pronto, y ya mos dan el conocimiento de la casa que tenemos que dir a rezar por la su alma». La unión de los parroquianos se manifiesta especialmente en estos momentos dramáticos. Vuelven a llamar las campanas a los feligreses para dar sepultura al finado y para los funerales que tienen lugar a la semana y al cabo de año. Las vísperas de éstos, al oscurecer se dobla, y acto seguido se dan las señales distintivas de la cofradía. La hermandad de las Animas tiene la obligación de encargar diecisiete funerales seguidos por el cofrade fallecido, pagados por cada uno de los miembros que la componen (23). Un novenario de misas corresponde hacer, a partir del entierro, a la cofradía de la Vera Cruz. En ambos casos, después del aviso vespertino, el muñidor y el hermano mayor recorren el pueblo tocando una pequeña esquila y diciendo a cada instante: «Fieles cristianos, acordaos de vuestro hermano difunto y venid mañana a la iglesia para encomendar su alma al Señor. Pater noster.» En el trayecto recogen las limosnas que los vecinos entregan para ayuda de los actos fúnebres.

Los muertos en su conjunto son igualmente recordados. «La Vera Cruz decía antes, ya no la dice, una misa cantá de nueve lecciones, con pendón y catafalco... Era una vez al mes. La iglesia se ponía al tope, porque de la Vera Cruz era to el pueblo. Aluego de acabar la misa se tocaban las campanas pa doblar. El cura recorría tos los velones de los candeleros, que las mujeres llevaban ca una el velón al su candelero, onde de antiguo enterraban a los familiares. Antes los enterraban en la iglesia. Daba el responso en cada velón y sacaba buenas perriñas. S'ha quitao con el otro cura jace unos poquinos años». El día tres de noviembre comienza el novenario de ánimas. Por la mañana se

desarrolla el «oficio de ánimas», una misa de difuntos a la que asisten los diecisiete hermanos con el hábito de la cofradía. Al oscurecer, los cofrades hacen la «ronda de los responsos»: recorren las calles del pueblo precedidos por el muñidor, que toca una esquila y recita una salmodia:

Hermanos cristianos,  
acordaros de las Animas Benditas  
del Purgatorio  
y de los Santos Difuntos  
que están en la gloria de Dios.

En las puertas de las casas donde reciben limosnas se detienen y rezan «un paternoster por los difuntos de la familia y por las Animas Benditas». El recorrido termina a la media noche en la puerta de la iglesia. Durante el trayecto no han cesado de doblar las campanas (24). «En los Santos empiezan a doblar a mediodía, no acabando la misa de requiem. Ya no paran en toa la noche. Se suben los mozos y los monaguillos y ¡venga a doblar! Primero piden por las casas castañas, nueces, granás, jigos..., y la chiquitía se la zampan en el campanario. Tocan hasta la misa cantá del día de los Difuntos».

Los muertos necesitan oraciones de los vivos. Las campanas se convierten en «la voz de los muertos que piden rezos pa sacar a las almas del purgatorio». Lo normal es confiar en que los familiares se ocuparán de recabar peticiones de la comunidad a la que perteneció el difunto. Así lo pensaba el deán de la catedral de Plasencia, Diego de Jerez: «Y ruego y encargo a los dichos testamentarios tengan apercebidos al campanero de la dicha iglesia mayor y a los sacristanes de todas las iglesias de la dicha ciudad y de los dichos monasterios, en tal manera que, en aquel momento que yo fallezca y apartándose mi ánima del cuerpo, tañan sus campanas y hagan sus clamores por mí. Que, en tal tiempo, mucho ayudan y aprovechan los sonidos y voces dellas, y mucho hacen en favor del ánima que se parte de este mundo. Son trompetas de Dios y tienen virtud contra los cnemigos» (25). Mas no siempre cumplen los testamentarios los acuerdos del difunto. «Lo entierran mu bien y to, pero, ¡madre!..., que ven mal testamento..., y el pobre se quea sin una mala misa rezá.»

Antaño las memorias y las capellanías, cuyas fundaciones se constatan en los libros parroquiales hasta bien entrado el pasado siglo, subsanaban el posible olvido de los vivos para con los muertos. Actualmente continúan las donaciones en vida al cura y a la Iglesia. «La ca-

sa del cura la dio una mujer pa que tenían que decirle cien misas o p'allá.» Muchas propiedades parroquiales tienen su origen en dádivas premorte. «El güerto del cura con el pozo fue donación. To una capital pa que sólo le doblaran un mes enterito.» Otras veces han pagado en dinero metálico. «Se murió el mi tío, ¿no? Voy al cura a qué le debo. Que no le debo na. Que no me cobra na. Ni el entierro, ni el funeral, ni na. Qu'está pagao. Pos yo no digo na y me creo qu'el cura no me cobra na por eso de llevarse bien como se llevaba con mi tío, qu'en paz esté. De toas las mancras, le dejé un billete. Que no; que se lo dé a cualquiera necesitao. El mi tío se murió un dieciséis... Pos tos los dieciséis va el cura y pregona una misa por el mi tío, sin encargo ni na. Yo no se la encargo ni ningún familiar tampoco se la encarga. Voy y se lo pregunto al cura, y na. Dos años seguís la misa. Había pasao que el mi tío, el pobrecito, dejó más que pagás las misas... Tenía mieu de que le pasara una cualquiera cosa y naide rezara por él. Así que preguntó al cura y echaron la cuenta, y le pagó el ajuste.» También los muertos se valen de unos «mecanismos» para recordar a sus deudos la necesidad que tienen de ellos. «Un día de tempestá no avisaron al funeral del cabo de año... No tenían albelía de subir a tocar por lo huracanao, que tumbaba las tejas. De noche se ponen las campanas a sonar solas p'avisar el funeral del día siguiente... Tocaban las campanas solas..., o era el muerto que tocaba pa que s'enteraran del su funeral. No más que sonó a la hora del reló, a las doce, de mo que al poco se murió uno de la casa, de la familia de... Lo mentaron mucho.»

Pero la parroquia de los vivos no siempre satisface a la no menos importante parroquia de los difuntos, y es ésta la que se ve obligada a ejecutar la ceremonia, un auténtico rito de paso, que permita la inclusión del muerto en su nuevo grupo. El siguiente relato puede ilustrarnos perfectamente: «Los hijos le malgastaron la herencia y no encargaron la misa del año, que tenía que ser el martes del carnaval. Total, que s'emborrachan y se van al carnaval. no jacen la misa. Va el sacristán, que vivía pa la iglesia, y le paé que doblan..., y eran las tres o las cuatro de la mañana. Va el sacristán al campanario y cerráu..., pero las campanas dan, dan... Total, que ve a mo de luz en la iglesia. Por la ventana salía el relucio de las velas... Va a la iglesia y la iglesia atrancá. Entonces coge el sacristán la llave de la iglesia y abre la puerta y entra pa entro. ¿Sabes qué vio? Una misa; sí, una misa..., pero una misa

de muertos. El cura era un cura muerto algunos años p'atrás. El sacristán lo conocía porque había estao de sacristán con él. Toa la iglesia llenecita de muertos. A la derecha, los muertos de más años de uno. Se sabían quiencs eran. Los muertos de un año p'atrás se conocían quienes eran. Los de otro lao no se reconocían... Tenían la cara emborroná. Uno estaba echao en el medio, en el catrafalco... Va el cura y reza el responso, y el del catrafalco le s'empieza a quear la cara sin emborronal y se pasó después al lao de la derecha. Lo conoció bien el sacristán quien era... Era el padre de los hijos que dije. No quisieron cumplir, pos los muertos cumplieron por su cuenta. Esto lo contaba un primo de mi abuelo, que el su tío había sio el sacristán que le pasó eso».

Hay toques en los que las campanas «se alegran» e intentan transmitir el júbilo al conjunto de la parroquia. Tales son los «repiques de víspera», que se hacen a las primeras horas de la tarde del día anterior a las fiestas. «De que tocan se cuelgan las jerramientas, y jarana, sobre to si hay mayordomo y tira cuatro cohetes cuando el repique». Menos prolongados son los toques de víspera sabatinas. Se repica igualmente en las elecciones de obispo y de papa, en la toma de posesión del sacerdote y en la llegada de las cigüeñas. «El primero que veía una cigüeña se subía al campanario y jarreaba con las dos campanas pa señalar que venía buen año... Cuando el aviso el ayuntamiento daba perrunillas y aguardientes a tos». Se tocaba también para anunciar a la comunidad dos de los muchos ritos de pasaje: bautismo y boda. Pero los tañidos no se detienen ahí. Llaman al inicio de ciertas labores agropecuarias, cuales son la montanera, la vendimia y el esquileo del ganado lanar, e invitan a cooperar con la iglesia y con el propio concejo. En el primero de



los casos llamaban a confesar y comulgar por Pascua Florida, a la catequesis y a la limpieza del templo y de las ermitas. En el otro apartado se incluyen los «toques de concejo», los de rebato y los de trabajo comunitario. «Cuando tocaban a concejo iban tos..., por lo menos uno por casa. Había que ir a la casa del concejo. Tocaban como a doblar, pero más seguío. Al concejo se discutía sobre que qué hacer: arreglar un camino y asín. Votaba uno de ca casa. En la república lo quitaron pa darle más mando al alcalde, que tenía poco mando. To tenía que pasar por en concejo. Pos va una vez que llega el alcalde al gobernador y le dice que le quiere declarar la guerra al Guijo y a Santibáñez... Entoncec va el gobernador y lo mandó consultar con el concejo, y el concejo acordó arreglar las cosas por las buenas, que pa eso mesmo están los hombres buenos». Se toca a alarma con motivos de fuegos, pérdidas de personas o peligro de inundaciones. «Si alguien se perdía por la noche se tocaba un buen rato pa que atinara ónde caía el pueblo. También se salía a buscarlo. Mesmamente si al oscurecer se oscurecía más de la cuenta por el agua, entonces se tocaba un buen rato pa orientar a los del campo». Las campanadas para trabajos comunitarios se han reducido en los últimos años a las correspondientes a las batidas de alimañas.

#### IV

El oficio de campanero ha desaparecido en los pueblos cacereños, aunque todavía quedan unos pocos sacristanes que compatibilizan esta ocupación con la de ayudar al cura en los actos litúrgicos. Pero lo normal es que, allí, donde las campanas no se han electrificado, los monaguillos cumplan aquel cometido. En Torrejoncillo es una mujer, la tía Periquina, la encargada de dar las señales por los difuntos y de «pegar las patas», esto es, arreglar todos los papeles para el enterramiento. Por este servicio cobra «lo mismo que el cura». Sin embargo, en las poblaciones mayores las esquelas mortuorias están consiguiendo que ya no se doble por los difuntos, al igual que las hojas anunciadoras de misas y de los actos religiosos, que se pegan en los atrios de las iglesias, han logrado casi enmudecer a las campanas, cuyos tañidos parecen relegados a acontecimientos de carácter extraordinario. «Ya los curas no valoran las campanas..., pero tienen valor pa las tormentas y pa Satanás, y pa los espíritus. Si no espantaran a los espíritus malos no tenían que tocarla en la Gloria de la Resurrección. Pero los curas ya no la tocan pa na. Jacen iglesias nuevas y no po-

nen ni la campana, y de eso le luce el percal» (26). Su valor, lógicamente, le viene de la ritualización que sobre ella se efectúa. «No es lo mismo la campana de la estación del tren que la de la iglesia, que la bautizan... Como los muchachos: el bautizo trae toa la gracia pa muchas cosas y el qu'es moro (no bautizado) no puede tenerla» (27).

Antes de su instalación definitiva en la torre o en la espadaña se procede a la bendición de la campana, al «bautizo», en presencia de la primera autoridad civil «porque el ayuntamiento paga un tanto por la jechura y así tocar las cosas del pueblo» (28). El ritual de la bendición sigue siendo el de hace siglos (29), consistente en rociarla con agua bendita y ungir la con óleo santo y con crisma, trazando posteriormente sobre ella siete cruces de óleo por fuera y cuatro cruces de crisma por dentro, «que eso quiere decir que güele lo mismo a muerto que a vivo y que suena lo mismo pa los unos que pa los otros..., y es que antes también tocaban avisos pa los nacios» (30). Es el momento de la imposición de un nombre. El método de elección es dispar y va desde el correspondiente al santo titular de la iglesia o ermita hasta el santo del día. En ocasiones el nombre viene grabado por el exterior, sobre el año de fundición y el nombre del cura que regenta la parroquia. San Saturnino llaman a la campana de la ermita de este santo en Torrejoncillo, que recoge en su parte baja esta leyenda: SAN SATURNINI ORA PRO NOVIS AÑO 1707. El nombre propio del esquilón de la espadaña de la iglesia de San Andrés es el de Santa María, mas los torrejoncillanos la conocen por «Crispina», al ser la que anuncia la fiesta de San Crispin, patrono de los zapateros.

Sin embargo, por toda la geografía cacereña se ha impuesto la sustitución del «nombre de pila» por otro más popular, atendiendo a aspectos dispares: dimensiones, acústica, función... Así «Alta Clara» y «Camacha» relegan al olvido a los primitivos de San Gervasio y San Protasio, dos de las campanas de la catedral de Plasencia. La campana llamada Virgen de la Soledad, de la ermita de San Pedro de Torrejoncillo, pasará a denominarse «La Romera», por llamar a la salida campestre del lunes de Pascuas. La Santa Bárbara de la iglesia de Zarza de Granadilla será sólo «Bárbara». De otras se desconoce la denominación primitiva, aunque no la debida al ingenio del pueblo. Sirvan las siguientes como muestra: «Leona» y «Cachorra», las del santuario de Nuestra Señora del Puerto, en Plasencia; «Grande», «Clara» y «María Gallina», de Ahigal, encargada esta última

de los toques del ángelus; «Madrina», la que en Marchagaz pregona los bautizos; «Sargenta», la que marca la hora de la comida en Abadía; «Gorda» (dobla a difuntos), «Sermonera» (toca a misa), «Pascualeja» (tañe a bautizos) y «Alcagüeta» (anuncia la toma de posesión de los canónigos), de la catedral de Coria (31).

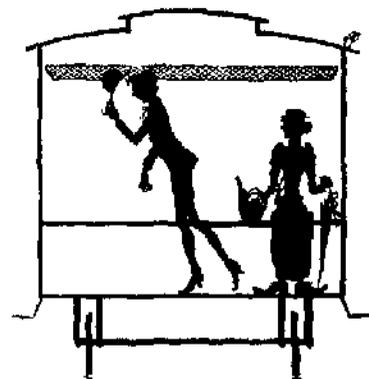
- 
- (1) Casilla de Coria.  
 (2) Segura de Toro.  
 (3) SANCHEZ RODRIGO, A.: *Un año de vida serrallana*. Plasencia, 1982 (reed.).  
 (4) Ahigal.  
 (5) Membriño.  
 (6) Abadía.  
 (7) Holguera.  
 (8) Valencia de Alcántara.  
 (9) Cañaveral.  
 (10) SANTOS CANALEJO, E.: *El siglo XV en Plasencia y su sierra*. Cáceres, 1981.  
 (11) Guijo de Granadilla.  
 (12) *Libro de Visitas*. Archivo Parroquial de Ahigal.  
 (13) Gargüera.  
 (14) Ahigal.  
 (15) GIL, Antonio: "Los roques de campana", en *Revista Ahigal*, número 22 (1982).

- (16) LLOP i BAYO, F.: *Campanas y Campaneros*. Salamanca, 1986.  
 (17) Guijo de Granadilla.  
 (18) Torrejoncillo.  
 (19) Ahigal.  
 (20) Cáceres.  
 (20) bis Palomero.  
 (21) LISON TOLOSANA, C.: *Antropología cultural de Galicia*. Madrid, 1979.  
 (22) DOMINGUEZ MORENO, José María: "El folklore del noviazgo en Extremadura", en *Rev. de Folklore*, 7, 2 (1987).  
 (23) MORENO RUBIO, V.: "La Hermandad de Animas de Ahigal y la fe religiosa de este pueblo", en *Diario Nuevo Día*, 9-3-1927.  
 (24) DOMINGUEZ MORENO, José María: "Un culto heterodoxo en torno a San Pedro Apóstol, en Torrejoncillo", en *Revista de Folklore*, 3, 2 (1983).  
 (25) SANCHEZ LORO, D.: "Exequias en vida que mandó hacer el Deán placentino Diego Jerez", en *Inquietudes Postreñas de Carlos V*. Cáceres, 1958.  
 (26) Navalmozul.  
 (27) Hervás.  
 (28) Torremocha.  
 (29) CORREAS, Juan: *Historia de la santa Iglesia Catedral de Plasencia*. Manuscrito de los ss. XVI-XIX. Cit. por SANCHEZ LORO, nota 25.  
 (30) Serradilla.  
 (31) CHAMORRO, V.: *Historia de Extremadura*, I. Madrid, 1982.



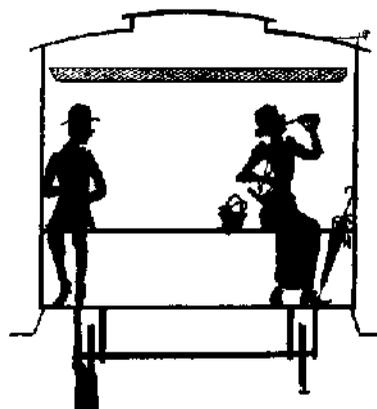
En el tren me pongo a escribir entre bostezos y ronquidos. Hace un par de meses que no voy a ninguna parte, y estas cosas se me agudizan. El tren es el mejor somnífero que conozco. No falla nunca. Los médicos deberían recetar tren algunas veces. Me he resistido a sentarme porque he visto a los sentados dando cabezadas con caras de dulzura; pero, bien visto, la luz se va, y en la ventanilla del pasillo no hago nada. Así que busco hueco en un departamento a ver qué se terciá. Cuando entro interrumpo a una mujer que viene diciendo: «Porque resulta que el Canelo le hablaba a la Puntilla, y el Mono se lo contó toito tó a la madre.» El tren hace tran tran pom pom con su paso redondo. Me dejo llevar; pendulea mi cabeza; abro el cuaderno. Otra señora que viaja frente dice ser de Briviesca (Burgos), capital de la Bureba, pueblo acogedor, amable, al que hay que visitar por San Juan o por San José, cuando la Feria de los Novios: «Algunos se han casado.» Para las ferias de ganado existía en Briviesca una gran posada, y arriba, la ermita de Santa Casilda. La señora la conoce y cuenta al departamento la leyenda de un pueblo que había en el camino llamado El Hoyo: «... pues de allí dicen que se casó la hija del alcalde y la boda se celebraba en su casa. Uno que rondaba tiró una piedra que entró por una ventana, rompiendo un cristal, y mató a la moza dándole en la sien. Entonces el padre, sin enfadarse, salió al balcón y dijo: «A ver, ¿quién habrá sido el habilidoso que con una piedra ha conseguido dar vueltas a una jarta sin romperla?» Dijo el tal: «Yo.» El alcalde le contestó: «Sube, tú has matado a mi hija.» Y por eso, luego, se destruyó el pueblo.» Tanto arriba como abajo, en Briviesca se juega a la «taba», que es un hueso de la rodilla de la oveja, como la «tángana» andaluza. Ante la ermita se hace una vez al año, la antevíspera de la Ascensión, cuando el pueblo va en peregrinación: «... antes íbamos a la Era del Limón los jóvenes andando, y las autoridades, en caballerías. Los nuevos gritábamos: «¡Agua, vino, para que nos emborrachemos por el camino! A cada romero daban pan y medio litro de tinto. Ahora es paella y se va en coche o autobús. Después de la comida se juega a la taba: culo, carne.» Lo de la «taba» parece tener su origen en costumbres de pastores que andaban por el monte y se entretenían jugando con el hueso seco. La señora sigue: «A Santa Casilda se va en cualquier fecha que se quiera ir. Por San Juan se toma chocolate y se deja para la tarde el bacalao con pimiento y tomate.» La buena mujer tira de memoria y casi no me da tiempo a tomar nota. Dice que como su marido era una especie de cosario, de los que iban por

los pueblos haciendo recados con una camioneta, ella lo acompañaba, y siempre le ha gustado mucho todo esto. Así, de golpe, y siempre referido a su provincia de Burgos, suelta que «... en Aforados de Moneo hay danzas, como en Belorado, donde Julián, talarbartero y pesador en la báscula de los camiones, era el maestro; se llamaban la Cascabelada, la Bailada y las Ovejitas. En Barbadillo se toca el rabel. En el mismo Burgos hacen una danza vestidos de pajes, que tiene cuatro partes diferenciadas: pasacalle, canastilla, arcos y espadas. En Castillo de la Reina están las danzas de La Muela y la Rueda de Pañuelos. En Castrillo de Murcia (Burgos) se curan los niños herniados saltando El Colacho por encima, un personaje al que los tiempos emparentaron con el demonio, que nada tiene que ver, y que libra limpiamente a lo largo los colchones que las madres ponen en la calle con los pequeños tendidos.» Respecto a las danzas, y por procurarme un respiro, le digo que no se sabe si las ropas que visten los danzantes corresponden al origen de la danza, al ritual antiguo, igual enterrado en favor de otras interpretaciones, y que la música tampoco haya arrastrado un maridaje con ese rango; le recuerdo que a ritmo de tabales montó con gran paciencia Justo del Río una danza en Castrillo de Murcia, que luego, parece ser, se acomodó de otra manera; pero existe algo en los pasos, el talante, los gestos, que canta claramente el entronque con el «tiempo antiguo», que ellos llaman, y que es lo que produce la sensación de sentirse inmerso en lo que la danza quiere transmitir; es una emoción, un misterio atractivo, que no sólo queda en la expresión de la danza, sino en la vida diaria. Ella me escucha un momento, dice que sí, y continúa: «Hay danzas como la Geringonza, con su gaitero. En Covarrubias, la jota rachelá y la rueda chospora. En



Espinosa de los Monteros, las Machorras y más danzas. En Frías, danzas, el ondeo de la Bandera, cantos petitorios y una que me gusta mucho y que termina con el Arco. Pero la más celebrada es la Danza del Capitán. En Fuentelcásped, danzas. En Gumiel de Hizán, la jaula. En Hontoria, el Ris-Ras, Cubo, Cruz y otras danzas. En Navas del Pinar tienen a gala su castillete y su baile de las Velas. En Neila de la Sierra, las Mayas y el Villano. En Quintana del Pidio, las danzas de Sonajas y Tin Tin Taina. En Santo Domingo de Silos, danzas. En Valdivielso, la canción El Juboncito y la danza con panderetas El Agudillo, como la del Gallo, la Tarara. En Villarcayo, la del Ahorcado. En Zazuar, una que se acompaña con la canción llamada El Milano.» Le pregunto si conoce el Romance de la Baraja lo mismo que podía haberle preguntado la hora. Yo llevo en mi carpeta una copia del que recopiló José Manuel Fraile a Teresa Arranz, en Adrada de Haza, que luego he sentido, con algunas variantes en El Andévalo (Huelva). La versión burgalesa se hace en Cuatesma como canto petitorio para la cera del Monumento, lo mismo que

la onubense. Le voy diciendo a la señora la que corresponde a su perfil geográfico; ella me responde a medias, pero conforme avanzo, me sigue, hasta que al final acabamos juntos las estrofas. Ya puesto a ordenar las notas recogidas en el camino pongo paralelas ambas versiones, verso a verso. La (I), de Burgos, la (II), de Huelva.



#### ROMANCE DE LA BARAJA (I)

*Tú que juegas a los naipes  
nunca pienses en ganar,  
piensa en la Pasión de Cristo,  
y verás cómo te va.*

*Al principiar en el juego,  
yo considero en el as,  
que no hay más que un solo Dios  
y en él no puede haber más.*

*En el dos yo considero  
aquella blanca belleza  
que siendo el Dios encarnado  
tiene dos naturalezas.*

*En el tres yo considero,  
esta sí que es cierta y clara,  
las tres divinas personas  
de la Trinidad Sagrada.*

*En el cuatro considero  
lo que veo desde lejos,  
cosas que manda la Iglesia,  
rezar los cuatro Evangelios.*

*En el cinco considero  
y siempre considerando,  
las cinco llagas de Cristo  
de pies, manos y costado.*

*En el seis yo considero  
no haber carta más hermosa,  
la muerte y Pasión de Cristo  
afligida y dolorosa.*

#### ROMANCE DE LA BARAJA (II)

*Si eres jugador de cartas  
no quieras siempre ganar,  
juega y piensa en Jesucristo  
cuando las vayas a echar.*

*Si la primera que sale  
no es otra sino que el as,  
piensa en un solo Dios  
y que no puede haber más.*

*Si es el dos la que te sale  
en el medio de la mesa,  
piensa que el Dios encarnado  
tiene dos naturalezas.*

*Si es el tres tú considera  
una cuestión cierta y clara,  
una y tres son las personas  
de la Trinidad Sagrada.*

*Si es el cuatro el que sacas  
en el transcurso del juego,  
piensa que manda la Iglesia  
rezar los cuatro Evangelios.*

*Si es el cinco considera,  
y sigue considerando,  
las cinco llagas de Cristo  
de pies, manos y costado.*

*Si es el seis yo te diría  
que no hay carta más hermosa,  
piensa en la Pasión de Cristo,  
y en su muerte dolorosa.*

*En el siete considero,  
contemplo con alegría  
la muerte y Pasión de Cristo,  
los dolores de María.*

*En el ocho considero  
en el Arca de Noé,  
aquellas ocho personas  
que se salvaron con él.*

*En el nueve considero  
cuando la Virgen María  
los nueve meses que estuvo  
encinta con alegría.*

*En la sota considero  
aquella mala mujer,  
que de la fruta vedada  
a Adán le hizo comer.*

*En el caballo contemplo  
corrido y avergonzado  
y privado de la Gracia  
Adán cayó en el pecado.*

*En el rey yo considero,  
contemplo cual podrá ser,  
siendo Rey de cielo y tierra  
obligado a padecer.*

*Las cartas de la baraja  
ya te las tengo explicadas,  
y de la Pasión de Cristo  
no dejes de contemplarla.*

*Si es el siete el que tú juegas,  
míralo sin alegría  
pues con la muerte de Cristo  
nace el dolor en María.*

*Si es el ocho piensa un poco  
en el arca de Noé  
y en los ocho que pudieron  
al fin salvarse con él.*

*Si es el nueve el que te sale  
es un naípe de alegría,  
pues representa los meses  
que estuvo encinta María.*

*Si es la sota figurona,  
piensa en aquella mujer  
que de la fruta prohibida  
a Adán le dio de comer.*

*Si es el caballo el que corre  
por la mesa desbocado,  
es negación de la Gracia,  
Adán cayó en el pecado.*

*Si es el rey tú considera  
y piensa quién podrá ser,  
siendo rey de cielo y tierra  
cuánto pudo padecer.*

*Ya está la baraja abierta,  
ya te la tengo explicada,  
toda la Pasión de Cristo  
está para ti en las cartas.*

Sigue el viaje. Mientras el tren no puede variar de rumbo, en este departamento vitamos hacia Cogeces del Monte (Valladolid) y su baile del Pingacho, que se acompaña con estas letras:

*Si ustedes quieren reír  
y divertirse un buen rato,  
échenme aquí un real  
y bailemos el Pingacho.*

*Por bailar el Pingacho, madre,  
me dieron un real,  
bailalo, pequeña, bailalo, galán,  
bailalo de lao,  
del otro costao,  
de la delantera,  
también de la trasera.*

*Ahora sí te quiero de veras,  
ahora sí te quiero, morena,  
ahora sí estarás contento,  
borrachera, borrachera.*

La señora de más allá, que cruje un pan con chotizo dentro, es de Cogeces del Monte, y me dicta las coplas despacito para que las copie en mi libreta. Hay un momento que se pone en pie y se marca unos

pasos como puede entre los asientos. Dice que «... el Pingacho fue compuesta por tres niños de una familia modesta, que al morir el padre, ellos lo hacían para divertir a las gentes y ganar unas monedas para la madre. Luis Velasco, el Mayor, es buen conocedor de esta danza que guarda mi pueblo para el día de su fiesta, trece de junio.» La hija de la señora, que va al lado, al ver que anoto hasta la respiración de la madre, me añade: «Sepa que se declaró en el pueblo un gran fuego que duró varios días, y en vista de que no podían sofocarlo, decidieron sacar al Santo, que lo apagó; en prueba de gratitud, el pueblo fue bailándole delante hasta la iglesia. Con el correr de los tiempos se depuraron los pasos, y el baile se dividió en Entradilla y Habos verdes, ya en la memoria de gente muy mayor, como ese señor que mi madre le ha dicho.» Yo les digo una letra a los tres en la que se relacionan tres festividades de junio, mes que se ha citado:

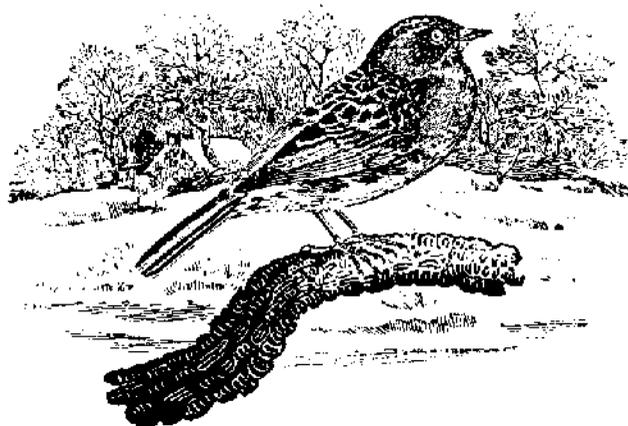
*El día trece de junio  
San Antonio es el primero,  
el veinticuatro San Juan  
y el veintinueve San Pedro.*

Así no me ven como un pasmatote que escucha y escribe, que si bien es verdad que en boca cerrada no entran moscas, tampoco me tengo por mudo, sino por alguien que de vez en cuando se deja caer con algún ejemplo de memoria. Tanto la madre como la hija temen por la desaparición de la danza; sobre todo, la parte que llaman «Habos verdes», ya que se hace hoy día con un aire diferente de los que la traen de atrás. La hija remata: «Por Navidad nos reunimos los jóvenes con instrumentos de cocina para darle al villancico. Yo conozco en Alija del Infantado a Emilio Rodríguez, que le puede informar sobre trajes, canciones y danzas.» Poco a poco voy entresacando datos que más tarde, algún día, me llevarán al sitio a tirar del hilo cuya muestra me ofrecen la madre y la hija. Por ejemplo: «... en Cigales, sus danzas. En Iscar, el baile de quintos y las jotas. En Mayorga de Campos, la procesión del Vito. En Reinoso, el toque de rabel con pandereta.» Para no quedarme tan atrás, les digo si conocen esta copla que

corría por las calles de Barcial de la Loma a principios de siglo, día de Reyes, en boca de niños:

*Aguinaldo pedimos, señora,  
para el Niño que está en Belén  
torreznicos y longaníticas,  
y otras cosas que nos dé.*

Como me escuchan atentamente, les cuento que tuve un pequeño accidente en un pueblo de Valladolid: Peñafiel, al deslizarme por una de las troneras de su castillo. Hago aspavientos de agarrarme a las almenas y ellas me imitan apretando el asiento. Allí llegué el Domingo de Pascua, día en el que habían preparado su Plaza Mayor o Plaza del Coso, donde suelen celebrarse corridas de toros, justas y torneos desde la Edad Media, levantando unas torretas de madera para celebrar la Fiesta del Ángel que baja. La cita más antigua de corrida de toros que se tiene fechada es de agosto de 1532. La señora me rectifica: «O antes, eso sabe Dios de cuándo será. Pero si vuelve y sube otra vez al castillo tenga más cuidado.»





Shakespeare eterno porque lo son los conflictos del amor, la lucha por el poder, la ambición y la amistad; la reflexión final sobre el nacimiento y la muerte, sobre la verdad y la mentira, la realidad y la ficción. Shakespeare, que supo desde esas historias nacidas en el albor de la civilización transmitir las a través de los tiempos. Potenciar su fuerza, su verdad y, por tanto, su eternidad. En una revista como ésta que estudia las raíces de costumbres, cuentos, canciones o danzas, Shakespeare puede ser uno de los puntos de unión de todas esas épocas que se creían perdidas y que ahora se reencuentran cada día en todos los rincones más alejados, en las civilizaciones más diversas. El soplo de la historia recupera a la postre ese trocito de la memoria, del cantor, del poeta, de la leyenda que pasa a ser inmortal, en esa transmutación de lo local a lo universal que es, sin duda, un misterio en su proceso, pero también una certidumbre en su realidad.

Shakespeare: «Hamlet», éxito del Centro Dramático Nacional, llenando todos los días el María Guerrero de un público heterogéneo y entusiasta. «Romeo y Julieta», que reencuentra el mito del amor «fou» en un prestigioso grupo vallisoletano. El Teatro Estable, que pasea el montaje por toda España. «Como gustéis», esa misteriosa comedia del genial dramaturgo que sirve de colofón pedagógico a los alumnos de la Escuela Provincial de Teatro de

Valladolid y que, desde parámetros de absoluta actualidad, da lugar a un montaje riguroso, fresco y vivo, aunque desgraciadamente se limite a dos únicas representaciones. Todos los intervinientes en estos espectáculos atestiguan su vigencia, su capacidad de responder a todo tipo de cuestiones vitales y estéticas. El pasado está ahí, presto para iluminar zonas, momentos oscuros. Nos hemos limitado a estos tres ejemplos cuando en el mundo del teatro la multiplicación de visiones «contemporáneas» de Shakespeare son casi infinitas. Sin ir más lejos, cuando José Carlos Plaza presentaba en Madrid su «Hamlet», Patrice Chéreau lo hacía en Barcelona del suyo, y si hablamos de «Rey Lear», ¿para qué contar? Strehler, Bergmann, Langhoff, Grüber han firmado recientemente puestas en escena de primerísima categoría desde visiones muy diferentes, pero siempre personales, coherentes e integradas desde la textualidad primitiva, conservada en su totalidad incluso en las diversas y oficiales traducciones que hacen más difícil —el verso libre original es de una musicalidad y plasticidad excepcional para el idioma, la vocalización inglesa— la tarea. Shakespeare y sus obras hacen realidad la recurrencia de los tiempos y los espacios. El pasado se interfiere en el presente y los personajes nacidos de una ancestral visión se acercan a todos y cada uno de los que contemplan el misterio de unas palabras que responden a nuestros pensamientos, nuestros de-

seos y también nuestras frustraciones, incluso aquellas que permanecen ocultas en el subconsciente.

El tiempo se detiene para la observancia de unos relatos que nacen desde un arcano ignoto, se desarrollan y sufren toda una serie de mutaciones hasta que el bardo los enlaza para la historia y su proyección con su palabra mágica. Las raíces de estos personajes, de estas pasiones, de estas imágenes están en el albor de la Humanidad. La tradición oral las convierte en leyendas; éstas se concretan en diversas escrituras y Shakespeare las hace eternas. Dilucidación definitiva del valor de ese movimiento poético que surge de la tierra, de los seres que la pueblan, cuando es auténtica y no impuesta por parámetros de otras etnias o culturas. El acervo cultural que se forma pertenece a la Humanidad, y el que en los casos citados fuera Shakespeare quien recogiera al fin la cosecha e inmortalizara mitos y leyendas es sólo un dato susceptible de trasladarse a muchos otros campos.

«Romeo y Julieta» desde los griegos (Artis y Abrocomai) Masucid di Salerno, Da Porto y Bandello, hasta Lope o Rojas Zorrilla con Shakespeare en medio. O «Hamlet», que nace de Dinamarca, Saxo el gramático, lo escandinavo y lo inglés, o «Como gustéis», Pastor Fido, la novela pastoril, para finalizar con «Lear» y sus antecedentes célticos. Derivaciones en épocas muy alejadas en el tiempo, en géneros literarios, en desarrollo de los personajes. Un fondo que le va nutriendo de lo específico de cada pueblo, de cada época y el poeta les da la forma definitiva, desde la cual partirán también otras derivaciones (de Romeo y Julieta hasta Orfeo Negro, la historia de los Tarantos, West Side Story) y tantas otras para encardinar el todo en el manto de la eternidad. Sí, el escritor es el autor; pero también contribuye a la obra la voz del pueblo, la leyenda que se traspasa de generación en generación, el folklore auténtico de cada lugar que en su verdad, en principio localista y cerrada, adquiere paradójicamente la universalidad.

¿Qué misterio encierra la creación cuando unos personajes se hacen arquetipos, traspasan geografías y tiempos, llegan a representar categorías metafísicas incluso?... Todavía puede ser terreno más incógnito cuando se hacen susceptibles de personificar el destino individual y colectivo del ser humano. Porque de las sencillas líneas maestras de la historia a la complejidad de los conflictos de las obras shakesperianas va todo un abismo. Lo popular, lo tradicional, se densifica, se hace alta categoría estética y filosófica. Se entrecruzan las diversas

interpretaciones y el misterio del hombre sale a la luz en la confrontación de sus pasiones, en el último mundo de la soledad. El tirano se hace hombre y se extingue en esa planicie infinita que es también el «no man's land» de todas las leyendas. La planicie o el bosque de Arden son asimismo el mundo donde los personajes de Samuel Beckett esperan ¿infinitamente? a Godot. De ese pristino pábilo de los orígenes a la luz igualmente mortecina del final, todo un mundo ha pasado. La incógnita persiste y Shakespeare plasma en su escritura el complejo nudo de preguntas y respuestas.

Y todas esas huellas del pasado, retenidas en el arcano de la memoria popular, fecundan la obra del poeta, que luego otros expresarán desde las más complejas derivaciones. «Como gustéis», desde una lectura moderna supora las líneas sencillas de lo pastoril para presentar un enigmático cuadro de la Humanidad. Por una parte, la confrontación entre el espacio de la opresión (la ciudad) y el de la libertad (el bosque de Arden) no es definitiva. Las formas de dominación se reproducen en el ámbito preservado aun con matices mucho más moderados. Y el juego de las parejas aparece lleno de contradicciones: nada es exactamente lo que parece y una sensación ambigua, de un erotismo indefinido, se instala en la visión actual de un misterioso texto. La potencia creadora de Shakespeare permite esa mirada escéptica y poética a la vez que llega a la paradoja de ofrecer dos visiones contradictorias incluso y perfectamente asumibles por creadores y espectadores. Los Rosalía, Orlando, Celia, Touchstone... son personajes mucho más complejos en sus acciones, en sus tensiones, de lo que parece. Sobre el encantamiento jovial de lo pastoril (moda formal entonces) subyace la ácida y escéptica verdad del poeta. Nacida desde la base popular de los cuentos, «Como gustéis» es un ejemplo vivo de pervivencia de un texto teatral y poético a través de los tiempos capaz de cruzarlos transversalmente y enlazar con los movimientos filosóficos y estéticos de todas las épocas y lugares, privilegio del genio que, con todo, no recoge los materiales sino de ese acervo inextinguible de la memoria popular. Ejemplo glorioso de una tesis mantenida en esta revista, en el discurso que referencia los valores culturales y su transformación universal desde los orígenes cerrados y mínimos de cada punto de una región o país, por muy remoto que sea.

Universalidad que Shakespeare asume para la eternidad. ¿Cómo se puede concebir de otra forma la triste historia de «Romeo y Julieta»? Los cánones del conflicto: familias rivales a

muerte, el amor que surge en las condiciones más adversas, la unión de Eros y Tánatos en la sublimación final. Desde la ópera: Bellini («Capuletti e i Monteschi»), Gounod («Romeo et Juliette») hasta el ballet o la composición sinfónica (Tchaikovsky, Berlioz, Prokofieff...) el cine (Cukor, Castellani, Zeffirelli... como transcripciones), «West Side Story», «Orfeo Negro» y me quedo corto. Una y otra vez, desde esa simplicidad inicial, el amor juvenil se exalta desde toda época y lugar. En 1967, el canto, casi slogan de esos momentos: «Faites l'amour pas la guerre» surgía de la versión bejartiana de la partitura de Berlioz. El Teatro Estable de Valladolid montaba la obra desde cauces clásicos e intemporales, tal vez porque en esos momentos sea difícil hallar una identificación especial (época del escepticismo) para la historia eterna. De todas formas, la complejidad de «Como gustéis» y, en general, de las comedias shakespirianas es grande, hasta llegar a ese colofón que también partiendo de viejas historias sigue siendo una de las grandes incógnitas de la creación humana: Próspero en «la Tempestad» enlazando tal vez y sin conocimiento directo, con las doctrinas espirituales hindúes que el «Mahabaratta» explicita y que Peter Brock, desde su genial montaje dio entidad de obra maestra imperecedera.

El haz y el envés del hombre: la pregunta que, superficial o profundamente en cada punto del universo mundo se ha hecho por éste, la que afecta al destino humano, es en «Hamlet» un teorema filosófico «ser o no ser...». Y así, desde el origen del mundo, desde las primeras huellas del diálogo humano, la divinidad es una de las deseadas respuestas. «Hamlet», una vieja leyenda que se multiplica a través del desfile de los siglos, dibuja en cada momento, cada lugar, el subconsciente individual y colectivo que informa una interpretación, un montaje, una escenografía. Actores célebres, desde Laurence Oliver, Ian McKellen, Vissotsky (Taganka de Moscú) y más recientemente Bruno Ganz (Grüber), Gerald Desarthe (Chereau), José Luis Gómez (J. C. Plaza) han expresado su particular filosofía desde esta incorporación de un ser humano que tiene claros componentes ejemplarizadores. Como en todas las leyendas al personaje se le añade su condición de «arquetipo» y es, desde esta persistencia por encima de la concreción de una época, o incluso de una geografía, lo que permite que Vis-

sotsky con muchos años de antelación en la visión de Yuri Liubimov, pida en Rusia la libertad que ahora anuncia la «perestroika» o que Ganz intente resolver la «forma de ser» alemana, mientras que José Luis Gómez desde la teatralidad exacerbada se dirige al origen de las cosas, a la metafísica del absurdo. Del seguir interrogándose dará el porqué y el para qué... El implacable paso del tiempo no ha dañado «Hamlet» ni cerrado la historia de Romeo y Julieta ni resuelto las ambigüedades y contradicciones sobre el amor y el deseo que son fundamento esencial del «Como gustéis». Las líneas maestras de estas historias nacidas en la cuna del tiempo siguen vigentes, y el aire de la modernidad no ha sido, ni mucho menos, suficiente para tocar los cimientos.

Quizás esta permanencia, esta integración a través de tiempos y lugares, sea lo que explica el apasionado interés de la antropología contemporánea por poner en contacto los ritos más opuestos. El retorno a las fuentes, a la riqueza de los aspectos homogéneos de la expresión de los pueblos es una constante irrenunciable. Shakespeare, desde la punzante actualidad, es sólo un ejemplo de la vitalidad y consistencia de esos cuentos, a lo mejor llenos de «sonido y furia», que han puesto al descubierto las pasiones humanas, sin que la mirada profunda del poeta haya perdido su capacidad de análisis, su soplo creador.

Así, unos chicos de la Escuela de teatro desde un trabajo profundo y tenaz, han sido capaces de ofrecer una visión actualísima de «Como gustéis» (dirección no sólo pedagógica de Charo Amador), y unos actores jóvenes y maduros de Valladolid y Madrid hayan dicho su palabra intranscible en Romeo y Julieta y Hamlet desde el discurso de los directores: J. A. Quintana y José Carlos Plaza. A fin de cuentas, Shakespeare es, como demostró Strehler en «Roy Lear», un circo mundo. Las miradas de los personajes se fijan en la posible reencarnación de uno de ellos, el que fue más poderoso y ahora se enfrenta al vacío. La incógnita del ser humano y sus deseos desde siempre y para siempre... El mundo nace cada vez, y el poema se contempla a sí mismo y desde esa valoración hace eternas las historias de antaño. Shakespeare, nuestro contemporáneo desde idéntica permanencia de las raíces de su memoria.





**Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular**  
VALLADOLID